

barrio

En Rosario, el ruido de la cultura



CD DE REGALO:
GERARDO GANDINI

NÚMERO 12
AÑO II

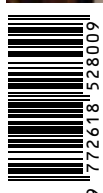
Abril 2021
ROSARIO \$390

FOTOS: SEBASTIÁN VARGAS



UNO ES MINISTRO DE LA PROVINCIA; EL OTRO ACABA DE ASUMIR EN UNA SECRETARÍA CLAVE. JORGE LLONCH Y DANTE TAPARELLI REPASAN UN AÑO DE PANDEMIA E IMAGINAN NUEVOS ESCENARIOS

EL TIEMPO DE LA CULTURA PÚBLICA



Si sos estudiante, docente o asistente escolar, viajás gratis.

La educación es el principio de la libertad.



BEG ↓
Boleto Educativo Gratuito



[www.santafo.gov.ar/
boletoeducativo/](http://www.santafo.gov.ar/boletoeducativo/)

Santa Fe
Provincia

STAFF

barullo

Director fundador
Horacio Vargas

Directores

Sebastián Riestra
Perico Pérez

Colaboran en este número

El Tomy
Ricardo Robins
Edgardo Pérez Castillo
Miguel Roig
Rafael Bielsa
Juan Aguzzi
Leandro Arteaga

Editor de fotografía:
Sebastián Vargas

Diagramación
Fabiana Colovini

Editor Web
Agustín V. Hoffmann

Seguinos en
www.barullo.com.ar
@revistabarullo
revista_barullo
@barullorevista

Contacto:
barullorevista@gmail.com

Distribuye:
Homo Sapiens Ediciones
Sarmiento 825, Rosario

Editor responsable:
Horacio Vargas
Registro de la propiedad intelectual:
3055388
Barullo integra la Asociación de
Revistas Culturales Independientes
de Argentina (ARECIA).

A modo de editorial

De barullos y canillitas

Por **Horacio Vargas**

El canillita del barrio vivía en la misma cuadra de la calle Valentín Gómez donde nació. Uno de los primeros sonidos que detecté con mi oreja imperfecta fue un golpe en la puerta de ingreso de la casa familiar, a la que sueño de vez en cuando: un tapial bajo, un pequeño parque al frente, un fondo con un limonero real, un terreno de 60 metros donde construí una canchita de fútbol e imaginé goles gloriosos ante un arco desguarnecido mientras gritaba los goles de Central o el Estrella del Norte, un grito en medio de la siesta de mis padres y mi abuela Rosa.

Don Carlos, el vecino, el diariero, tomaba la calle Valentín Gómez y sin dejar de pedalear su bicicleta de color negro con las noticias de ayer, con el brazo derecho tomaba el diario enrollado del canasto de la bici y lo lanzaba, certeramente, hasta la puerta de casa.

Lo imagino a don Carlos pedaleando a ritmo febril, apurado por la entrega justo a tiempo a sus clientes: uno de ellos era mi viejo, al que nunca llamé Lito, su seudónimo tanguero de gran bailarín de los clubes de la zona, o papá, demasiado amoroso para un pibe de barrio.

El ruido que se escuchaba todas las mañanas que viví allí, la ceremonia de abrir la puerta de entrada, de un color celeste, significaba que había llegado el diario del día. Era como un barullo, acaso una histórica continuidad ahora que nuestra revista llega mensualmente a nuestros nuevos canillas, a nuestros lectores.



JORGE LLONCH, MINISTRO DE CULTURA DE LA PROVINCIA DE SANTA FE

Un año al frente del barco en medio de la tempestad

Apenas iniciaba su gestión cuando se desató la pandemia. Lejos de arredrarse, encontró respuestas creativas ante un desafío de magnitud impensada. Ama lo que hace, pero confiesa que aún extraña la época en que se convirtió en el sonidista de Charly García

Por Horacio Vargas

Foto: Sebastián Vargas

Dice que su cabeza de ministro de Cultura de la provincia de Santa Fe tiene que estar preparada para un tiempo que no sería el ideal: todos vacunados contra la Covid-19, todos bárbaros para hacer pogo en un recital abierto. Se presume pesimista, entiende que esto es para largo. Le ofrecieron el cargo el 6 de diciembre de 2019 cuando él estaba pensando en proyectos privados. Había sido secretario de Estado de Cultura durante dos años del gobierno de Jorge Obeid, al que cariñosamente recuerda como “el ingeniero”. De aquellos dos años de gestión, recuerda muchas cosas pero rescata la plaza Cívica levantada en la ex Jefatura de Policía de Rosario –un lugar siniestro de la dictadura militar transformado en un espacio de arte y cultura, de encuentro, al que asistían tres mil personas por mes–, que dejó de funcionar como tal cuando asumió el gobierno socialista. De la anterior gestión le quedó pendiente la concreción del proyecto de la Ciudad Cultural de la Lavardén. “Era tremendo, con 35 estudios de arquitectura en dos fases, después quedaron tres pero no se realizó. Lo de Plataforma Lavardén está todo bien pero no fue el proyecto de la ciudad cultural

que había imaginado, entre otros, el arquitecto Rafael Iglesias”, recuerda. Para él –pone como ejemplo– ahora es más importante que la Escuela de Creación Artística, a cargo de Barbarita Zapata, trabaje con Fomento, Industrias Culturales. Se complace en sostener que no hay estancos en su gabinete: “Somos pocos, antes eran 52, hoy somos 15 personas. En un equipo chico, lucho mucho para que nadie arme un compartimiento estanco. No me molesta que seamos muy pocos, porque tenemos una dinámica mucho más rápida”. Ni su mujer, la vicegobernadora Alejandra Rodenas, ni sus dos hijos le dieron opción. La familia no tenía dudas. “Me trataron como a un nene, vas o vas” cuenta y se ríe. “Los hijos son los que también te alientan cuando hay días más difíciles que otros, cuando ves sufrir mucho a la gente, por eso me volqué mucho a tratar de que los recursos con los que diseñamos políticas culturales lleguen muy rápidos a la gente, en lo social, en la capacitación cultural, que tengamos un vínculo muy estrecho a través de las redes sociales, el canal de la provincia, no quiero estar tan lejos”, dice Jorge Llonch en una entrevista exclusiva a **Barullo**.



–¿Cómo definirías tu primer año de gestión en pandemia?

–En los primeros meses tuvimos que reconfigurar todo el mapa de programas cuando el 20 de marzo se declara el aislamiento obligatorio. Pensamos entonces en una forma de conectividad virtual con todos los artistas. A este programa lo llamamos “La seguimos en casa”. El puntapié inicial lo dimos con una camarita que pusimos en la casa de Fito Páez, que dio un recital que vieron más de dos millones de personas. La verdad es que fue tan intenso que la provincia de Santa Fe tomó la vanguardia en el país y en Latinoamérica.

–¿Por qué decís eso?

–Porque no se estaba haciendo en ningún lado, los ministerios de Cultura de las otras provincias estaban viendo qué podían generar con la administración cerrada.

–Y luego “La seguimos en vivo”...

–Claro, cuando pasamos a distanciamiento pudimos juntar a músicos y bailarines arriba de un

escenario con protocolo santafesino, con dos metros de distanciamiento. Eso fue también primicia en el país. Lo pudimos hacer en Rosario, Santa Fe, Reconquista, Rafaela y Venado Tuerto y en otras doce ciudades. Se trabajó con 168 comunas...

–Y entonces llegó la cultura del streaming.

–Después de un año de estar en un barco en medio de la tempestad, con un parate muy grande del sector cultural, si bien fue una novedad el tema del streaming es bueno decir que tenemos una saturación importantísima aun cuando la gente tiene una actividad acotada. Lo vemos en los últimos conciertos que hemos organizado en el último verano. Es para analizar el comportamiento de la gente. Por ejemplo, en el Galpón 17, donde tenemos shows mensuales, armamos un perímetro de 100 por 50 metros, donde ese colocaron 200 sillas por protocolo, para ingresar hay que firmar una declaración jurada, usar tapaboca... Y la mayoría de la gente va con la sillita al parque, agrupado entre burbujas entre amigos y familiares, y lo mira desde afuera.

–**Eso es hartazgo o miedo...**

–Miedo a que te contagie el otro.

–**El otro tema son los cines. Más allá de habilitarse su apertura, ¿pensás que la gente concurrirá a las salas?**

–He observado el comportamiento de la gente en los cines de Nueva York y no va nadie, y eso que tienen sistemas carísimos, con aires acondicionados con filtros preparados especialmente, alcohol vaporizado... Entonces estamos entre la economía y la salud, ese es el eje que el gobernador (Omar) Perotti está constantemente evaluando: el beneficio pero también el riesgo. Sería fantástico abrir todas las actividades pero a la semana no te queda una cama libre para internaciones.

–**¿Qué balance hacés del comportamiento de la gente en los espectáculos “masivos” en el anfiteatro municipal de Rosario?**

–Muy bien. Para nosotros la prioridad fue pagar cachet a todos los artistas locales que tocaban como bandas soportes o números principales, La provincia tomó ese tema, lo hablamos con el intendente (Pablo Javkin) y organizamos el ingreso con protocolo con el equipo de producción del ministerio. Y funcionó. Lo aprendimos en la sala Lavardén, Casa Arjón y Galpón 17 y con el sindicato de artes escénicas. Fue un trabajo social muy importante.

–**Va a llevar tiempo que la gente vuelva a la normalidad de asistir a un concierto cerrado, ¿no?**

–Sí. Ahí tenemos que pensar que no solo es voluntad desde un ministerio y un gobierno sino también un fenómeno social que debemos seguir analizando por el desgaste que significó la pandemia. No quiero ser muy pesimista pero por los datos que tenemos será un año igual o peor que el de 2020 porque la saturación de no tener una vida normal hace que el comportamiento de la sociedad sea cada vez más alterado. La gente lamentablemente tiene muy poca paciencia. Le tengo más miedo como ministro de Cultura al comportamiento social pospandemia que a la conducta de los ciudadanos en pandemia. Tampoco me quiero poner místico pero habrá que trabajar con los cultos religiosos la Covid-19 en las familias. Estamos viendo por dónde lo abordamos junto al Ministerio de Desarrollo Social y con los colectivos culturales. ¿Te acordás cuando éramos chicos?

En el 77, 78, 79 no teníamos pandemia pero teníamos la dictadura. Nosotros como músicos hicimos AMI, un reflejo de MIA de los Vitale. Empezamos a trabajar en forma de colectivo y hoy desde el ministerio lo hacemos con los centros culturales barriales, de teatros, músicas y músicos, comparsas... A todos los colectivos los quiero invitar –y esto será uno de los ejes más importantes del año– a la fábrica cultural, a la capacitación en oficios artísticos, un banco de herramientas que ofrece el Ministerio de Desarrollo Social. Tratemos de aprovechar otro año pandémico, que la gente pueda capacitarse...

–**La clave es que la cultura debe estar asociada al trabajo.**

–Por eso las herramientas que ofreceremos para diseño de indumentaria para escenografías de teatros y comparsas; herrería, aprender a hacer sonido y luces.

–**Los pequeños centros culturales de los barrios y salas independientes fueron algunos de los sectores más golpeados cuando surgió el coronavirus.**

–En Rosario son 141 espacios independientes. Otro tanto hay en el resto de Santa Fe. Les dimos contención económica para que no cierren, sabemos que no les resolvimos el problema pero tratamos de que en esta tempestad no se desmiembre, ahí es donde debemos trabajar y estar muy atentos pero fijate que no solo han pedido recursos sino que los han devuelto con actividades culturales y eso es lo más lindo. Tenemos que trabajar muy juntos en pandemia, lo que tengo que hacer como ministro es que nada se pierda, que el barco no se hunda y que cuando esta tempestad termine estemos todos a salvo, que la cultura sane a todo el mundo.

–**Vuelvo al streaming, ¿lo soportás?**

–No lo soporto más (risas). Lo único bueno que tiene es que en Rosario como Santa Fe los equipos de streaming eran egresados de la escuela de cine y fueron rotando, llegó un momento en que lo más importante era que el sector audiovisual tuviera trabajo. Es lo mismo que pasó con los sonidistas, los plomos, los iluminadores... Ahora la gente sale un poco más pero tuvimos más de tres millones de visualizaciones en estos meses, que es mucho.

–**En lo personal nunca me gustó la imposición de pagar una entrada para ver un concierto... en**

la computadora.

–Nosotros nunca cerramos la pantalla. Siempre fue a la gorra, tuvimos resultados altísimos: para un concierto de Cielo Razzo se vendieron entradas en Canadá, Australia y México, la banda recaudó bastante plata y me puso muy contento por ellos.

–Vos que has recorrido la provincia como ministro, ¿qué demandas percibiste en los pueblos del norte?

–La virtud que nos dejó la pandemia es que el streaming nos puso en una sola pantalla, cuando terminaba una actuación en una ciudad se pasaba a otra, a mil kilómetros de distancia arrancaba una banda de Tostado o un elenco de teatro de Reconquista con el mismo nivel que se ve en Rosario o Santa Fe. Hoy Rosario vio a Tartagal. Ese cruce, ese programa que arrancaba a las ocho de la noche y termina a las once nos dio un mapa donde no tenés artistas del norte en desventaja de calidad artística con los del sur, la provincia es homogénea y la verdad es que me sorprendieron mucho algunos artistas del norte.

–¿Qué pensás del trabajo hasta aquí del ministro de Cultura de la Nación, Tristán Bauer? ¿Cómo lo ves para cambiar ciertos paradigmas que apuesten a la cultura federal y el fin del centralismo histórico?

–Es muy buena la pregunta. Mirá, el primer plan federal llamado Fortalecer eran 450 millones de pesos a cada provincia que presentara proyectos. Santa Fe recibió algo más de 19 millones de pesos. Cuando te ponés a pensar que Córdoba recibió 40 millones hay que preguntarse qué pasó. Cuando hablo con gente muy amiga del ministerio nacional, me dicen: “Jorge, se presentó muy poca gente de Santa Fe”. Eso es una crítica que tenemos que hacernos. Volvemos al principio: nuestro ministerio no tenía un registro de los centros culturales de cada ciudad, de cada

“Lo que tengo que hacer como ministro es que nada se pierda, que el barco no se hunda y que cuando esta tempestad termine estemos todos a salvo, que la cultura sane a todo el mundo”.

comuna, la gente de la cultura no se enteraba de ese plan. Hicimos algo simple: un registro de todos los actores culturales de la provincia, que habíamos dejado en 2007 (cuando gobernaba Obeid), pero que no se siguió. Lo hicimos el año pasado y fue una pieza fundamental que le va a quedar a la próxima gestión. También lanzamos el Plan de Fomento de Industrias Creativas. Se inscribieron 1.300 personas, el doble de los ex programas Espacio Santafesino y Señal Santa Fe. Dividimos la provincia en cuatro polos culturales (los departamentos del norte, el centro, el sur) y Rosario y Santa Fe. Al hacer ese agrupamiento la gente de Fortín Olmos competía con la de Vera, no competía con rosarinos o santafesinos. La otra división fue etaria, pusimos la mitad del plan para personas hasta 30 años y la otra mitad para más de 30. Las personas más formadas no competían con las que se iniciaban. Eso no estaba antes. De esa forma llegamos a todos los pueblos de la provincia. Lo que quiero este año es agrandar el plan de fomento e incorporar a las escuelas de educación artísticas. De 33 millones vamos a llevar el presupuesto a 60 millones.

–Me dicen que anda rondando el fantasma de Chiqui González en el ministerio, teniendo en cuenta su labor como ministra (de Innovación y Cultura) del Frente Progresista durante 12 años.

–¿Por qué fantasma? La Chiqui desarrolló la industria de la imaginación como nadie. Yo la conocí cuando tenía 17 años, la conocimos como directora de teatro, ella

Escuchar

Dialogar

Proponer

Legislar

*un Concejo
en Movimiento*



**CONCEJO MUNICIPAL
DE ROSARIO**

caló muy hondo en lo que son los trípticos en Rosario; el molino Franchini, La redonda, La esquina encendida y Los aleros en Santa Fe. En eso sinceramente hay que sacarse el sombrero. Ahora cada uno le va a dar un matiz. Yo me pregunto, ¿qué habría hecho la anterior gestión en una pandemia? ¿O qué hago yo que ellos no hubiesen imaginado? Pero no la veo como a un fantasma.

–Lo dije para aludir a su influencia a la hora de gestionar cultura para las nuevas generaciones o los nuevos funcionarios. No se la puede negar.

–Absolutamente. Hay un antes y después. Te recuerdo que cuando yo era secretario de Cultura de Obeid dependíamos de los fondos de Lotería de Santa Fe, rezábamos todos los días a que la gente apostara mucho y ganara poco (risas). Hoy tenés un presupuesto y un ministerio.

“¿Te acordás cuando éramos chicos? En el 77, 78, 79 no teníamos pandemia pero teníamos la dictadura. Nosotros como músicos hicimos AMI, un reflejo de MIA de los Vitale. Empezamos a trabajar en forma de colectivo y hoy desde el ministerio lo hacemos con los centros culturales barriales, de teatros, músicas y músicos, comparsas”.

–Me sorprende que en pandemia hayan ejecutado el 85 por ciento del presupuesto de la cartera.

–La escuela de oficios artísticos –donde se anotaron diez mil alumnos– y Fomento –con más de 1.300 inscriptos– se llevaron una gran parte del presupuesto, cerca del cincuenta por ciento, y lo vamos a seguir porque es fundamental que las acciones del ministerio no solo pasen por Rosario y Santa Fe. Si la vacuna permite movilizarnos, los programas serán presenciales, pero también debo pensar que si eso no pasa cómo llegamos a las capacitaciones para beneficiar a todos los rincones de la provincia.

–¿Cómo es tu relación con el gobernador Perotti?

–A Omar lo conocí en 1993 en un show de Fito, que tuvimos que suspender por lluvia hasta el otro día en otro lugar. Yo era el sonidista y él, intendente de Rafaela. Después cuando fui secretario de Cultura mi relación con él fue muy fuerte porque de la misma manera que ahora como gobernador, está absolutamente

compenetrado con todo lo que hago. Lo que pide es que trabajemos mucho con otros ministerios. Por ejemplo con Educación hacemos muchísimas cosas, como Verano Activo: 800 actores culturales trabajando con chicos de escuelas primarias y secundarias, en clubes y vecinales; trabajamos mucho con la Secretaría de Comercio para atender lugares cerrados por la pandemia, y siempre pensando en la industria cultural con la Secretaría de Comercio Exterior para poder exportar los bienes culturales de Santa Fe.

–¿Qué extrañas más? ¿Al bajista de la trova rosarina, al sonidista de Charly García o al hincha que no puede ir a ver a Ñuls?

–Y... al sonidista. A veces sueño que estoy haciéndole sonido a Charly. Me parece que es como una película. Yo era un pibe de Rosario que tocaba el bajo y aprendí

a ser sonidista porque nadie sabía electrónica y yo sí, me mandaron a conectar los cables y los micrófonos y a los 23 años estaba haciéndole sonido a García. Mi mayor competición no es Jorge Lluch. Si yo compito con algo que hice desde muy joven, me cuesta mucho superar esa etapa con Charly de tocar por toda Latinoamérica, Charly ha sido muy fuerte para mí.

–Me imagino que cuando entrás a una sala pública lo primero que hacés es ir hasta la consola del sonidista y retarlo...

–Y, a veces sí (risas). Soy muy crítico: matamos las canciones con la batería en los noventa. ¿Te acordás? Íbamos a los conciertos y el tambor... páa, páa, páa, y no se escuchaban las letras. Yo a los colegas les digo: la poesía es más del setenta por ciento de la canción y el que va a escuchar un grupo se enamora de la letra y nosotros nos habíamos enamorados del sonido. ¡Fuimos unos asesinos! (más risas). ¿Entonces qué les digo a los sonidistas? Volvamos siempre al sonido de los Beatles. La batería de Ringo Starr nunca tapó una letra. Es perfecta.

DANTE TAPARELLI

“La sociedad tiene que entender la importancia del artista”

“Atípico”, como él mismo lo afirma, el hombre que el intendente Pablo Javkin puso al frente de la cultura rosarina dialogó extensamente con BARULLO y puso las cartas sobre la mesa. Frontal y picante, se despreocupa de las apariencias y rompe con la burocracia: “Yo laburo con el alma de la gente”

Por Edgardo Pérez Castillo

Foto: Sebastián Vargas

La convocatoria llegó en un momento algo inoportuno para Dante Taparelli, quien a sus 65 años visualizaba su jubilación y la sanadora vida campestre en su terreno en Ibarlucea. La convocatoria llegó y Taparelli no dudó en aceptar un cargo que, cree, podría haber llegado antes. “Siempre actué como secretario”, dice sin rencor el hombre que, por decisión del intendente Pablo Javkin, desde el 4 de febrero comanda la Secretaría de Cultura municipal, a la que aportó proyectos y creatividad acompañando a diversas gestiones. “No me voy a jubilar porque no quiero tirar por la borda toda la experiencia. Yo estoy enamorado de la ciudad”, explica entonces Dante, en un diálogo en el que repasa buena parte de los proyectos que buscará impulsar desde su flamante cargo, al que asume con convicción en estos “tiempos de guerra”: “La manera de sanar es que la cultura vaya a la gente. Sensibilizar, que la gente se dé cuenta, que se encuentre con lo inesperado. Quiero bajar la línea comunicacional de que hay una responsabilidad civil de sustento de eso”.

Como Chiqui González, Taparelli se identifica como

peronista. Desde ese lugar, reconoce el cobijo que logró dentro de las estructuras culturales diseñadas por las diversas gestiones socialistas en Rosario. “Cuando se murió Elida (Rasino), pensaba cuánto les debía yo, siendo peronista, a los socialistas, a Hermes Binner y a todos los intendentes socialistas. Hice una retrospectiva y vi cuántas cosas aprendí. Más que me hayan enseñado, me permitieron aprender”, admite. Su frontalidad, sin embargo, lo lleva a reconocer antiguos malestares: “Hice todas las obras de (Francesco) Tonucci y no lo conozco, nunca me lo presentaron... Desarrollé toda una estética, Tonucci vino treinta veces y nunca me lo presentaron. Son pequeñas agachadas que muchas veces se deben más a la dispersión que a la intención, cuando uno tiene la cabeza en otro lado, el buen gesto... Yo comprobé cuántos buenos gestos habré tenido en mi vida cuando anuncié mi designación y recibí 1.600 mensajes en un día y tuve tres mil *likes*. Eso nunca pasó con ningún secretario de Cultura y es un enorme compromiso para mí. Creo que nunca antes me dieron una oportunidad por mis características:

soy un tipo despelotado, aunque siempre cumplo con mi cometido. No tengo una preparación académica, mis herramientas son empíricas. Pero me salen bárbaras, no tengo de qué quejarme”.

Desde el fascinante subsuelo en el que vive, y donde crea rodeado de libros, objetos y mascotas, Taparelli enumera proyectos con precisión. Mira hacia un futuro cercano mientras habla de sí mismo con franqueza. Sustenta con su historia una visión de gestión que, entiende, debe ser amplia, abarcadora, inclusiva. “Yo sufrí bullying toda mi vida, porque soy afeminado para hablar, pero soy un soldado. Fui criado por mujeres, he trabajado con mujeres, pero no tiene que ver con mi personalidad, yo agarro la pala, levanto paredes, corto leña, voy corriendo y arreo los caballos. Eso hizo que me quede en el medio, en el limbo: ni en un colectivo

“Con todos los elementos del arte que tenemos, ¿cómo no vamos a tener una marca-ciudad real que identifique a toda la ciudad?”

ni en otro. Entonces siempre he sido un observador, me senté a un costadito mirando cómo pasaban las cosas. Y soy un tipo que me fabriqué solo. Cuando la vida te pone en una situación equis, decidís quedarte ahí o empezás a fabricar elementos para poder desarrollar tu capacidad, o tus sueños. Mi madre, que murió hace ya unos años, me pidió perdón por desprolija, por no haber cuidado el patrimonio de la familia. Mi viejo la jodió y no me dejó nada, pero en realidad mi vieja me dejó sueños, lo mejor que tengo. Me encantaría que estuviera viva para que viera mis logros, que son más que nada humanos. No es esta cuestión de ser secretario de Cultura, porque yo fui secretario siempre, siempre funcioné de esa manera. Los pergaminos los uso para el asado, yo laburo con el alma de la gente. Cuando vos te emocionás de a dos, o de a dos mil, ya no hay vuelta, tu conexión no es institucional sino espiritual, y podés construir el mundo. Creo que se necesita esa conexión espiritual en tiempos de guerra como el que estamos, porque estamos en una guerra social, en una guerra humana. En estos últimos años han surgido formas a las que no estábamos acostumbrados, gente que te patea el asado, que te escupe el café. Falta

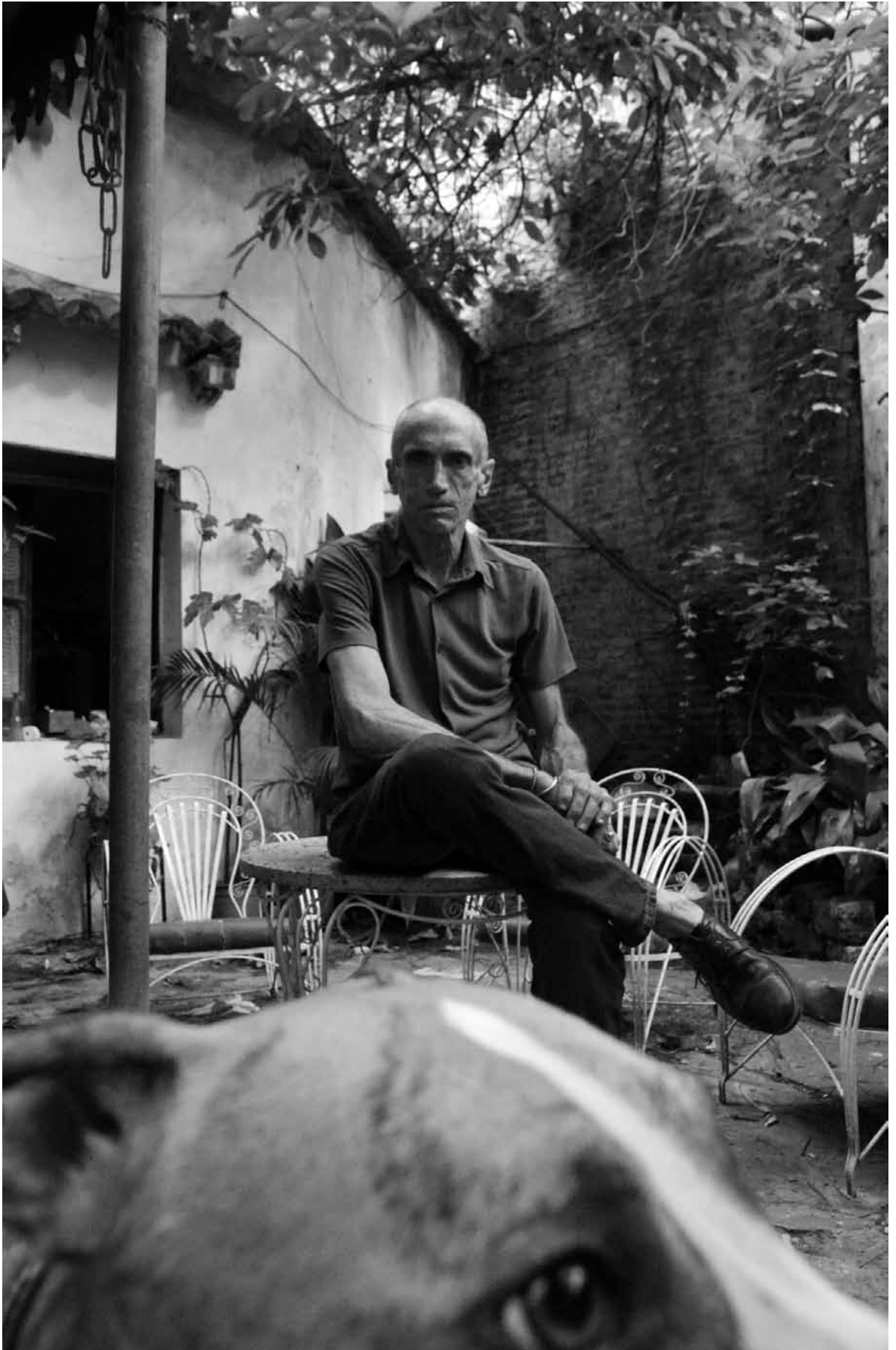
razonabilidad, sentido común, lógica. No son tiempos lógicos, entonces creo que es mi momento: nunca hice cosas lógicas, siempre me puse en el lugar de la gente”.

Entre los proyectos, aparecen entonces la puesta en marcha de Teatro Abierto, sumando a la danza como protagonista; la puesta a punto del archivo digital de Cultura y de la biblioteca del Museo Castagnino en las instalaciones de la Casa Vanzo; la capacitación a jóvenes para fabricar óleo por kilo, generándoles trabajo y brindando a las y los artistas la posibilidad de acceder a ese insumo básico a mejores precios; el proyecto Escaparate que sugiere acuerdos de parte entre artistas y locales comerciales para que exhiban (y vendan) allí sus creaciones. La lista es amplia. El secretario de Cultura de Rosario imagina un Museo del Inmigrante, pero entiende que el aquí y ahora es urgente: Taparelli también quiere a las y los artistas en la calle y en los bares. “La primera condición que le puse a Pablo fue esa, le dije que a Rosario se le decía la Barcelona argentina por los bares, porque se les daba laburo a los artistas. Y acá les mandan a la GUM para clausurarlos. Creo que sí o sí los bares tienen que tener artistas, porque los teatros son insuficientes. Es el lugar donde los privados dan laburo. Quiero plantear en Hacienda que busquen beneficios para los bares que lleven artistas. De esa manera están ayudando al artista, al bar, a la ciudad, estás generando economía”, anticipa.

El aquí y ahora al que se enfrenta Taparelli es crudo y, entiende, llegó a niveles de asistencia inimaginados: hoy entrás a la Secretaría y parece un almacén de refugiados: “Increíblemente les estamos repartiendo a los músicos cajas de comida. Fijate la fragilidad de nuestro sistema, estamos muy contentos tomando de la teta del Estado, pero es un error que cometimos durante muchos años, acostumbramos a la gente a depender exclusivamente del Estado. Porque el Estado tiene un techo bajo. No digo que no sirva, pero hay que usar las herramientas del Estado. Las herramientas, no la plata, porque la plata es finita”.

–Ahí se presenta un desafío muy grande, porque no solo se trata de redireccionar políticas sino también de modificar un entramado artístico y social que demanda específicamente esto, que pide se amplíen los planes de fomento, los subsidios...

–Bueno, creo que eso está bien. Estas cajas de comida, por ejemplo, no son mirar para otro lado, el Estado



se hizo cargo en lo que pudo. Porque por la catástrofe económica mundial hemos estado al límite de la cesación de pagos. Creo que hay que generar herramientas nuevas. Siempre se pone a Rosario como una ciudad turística, pero a mí los eventos no me gustan: son como prender un cuete, hace “pum” y se terminó. Yo quiero hacer las cosas de tal modo que se puedan repetir. ¿Cómo en Rosario, con más o menos tres millones de habitantes en su zona, nos matamos para ir en verano al Cosquín Rock, un festival que deja un montón de guita en esa ciudad? Porque se hace todos los años, se institucionalizó. Acá el problema además no es que hacen los músicos, los plásticos, sino cómo seguimos restableciendo puentes en una sociedad que quedó quebrada económica y moralmente. Para mis adentros creo que los artistas, además del purismo que tengan con su disciplina, tienen una misión moral y social. Acá hay que recordarles a los artistas el privilegio que tienen en una sociedad, que tienen llegada a todo el mundo. Tenemos herramientas para sostenernos en estos casos y para inventarnos una situación nueva. Tenemos la experiencia de 2002, cuando con las ferias en una semana generamos 1.500 puestos de trabajo. Que en realidad son más, porque es la gente que los rodea, es la vecina que abre la ventana y vende empanadas. Es una economía virtuosa, que pasa en Cosquín, en Aguas de Oro, en Gualeguaychú, en los lugares donde se junta la gente”.

–¿Por qué no sucede en Rosario?

–Porque no se los acostumbró. En realidad, porque nunca nos fue necesario. Cuando a partir del Negro Ielpi (aunque hubo antes otros secretarios de Cultura) la Secretaría se institucionalizó, se empezó a hacer en serio. Y hubo un compromiso político que llegó hasta el Ministerio de Cultura. De todo ese gran esfuerzo magnífico que se hizo, hubiera sacado una tajada y la hubiese dedicado a pensar o proponer nuevas usanzas de generar dinero, nuevas formas. No esperar a que te atiendan para que puedas ir a cobrar cuando haya un cheque. En vez de organizar grandes recitales, presionar para que hagan quince eventos anuales en los barrios, que se descentralice. Acá el tema es que la que va a salvar a los artistas es la sociedad, pero la sociedad se tiene que dar cuenta lo que significa la cultura, y eso lo tenés que bajar, lo tenés que discutir. La sociedad tiene que entender la importancia del artista. El proto-

colo cambió, los teatros están al 30% de su capacidad pero además los artistas que llegan al teatro ya están en otra cosa: yo me imagino las peatonales Córdoba y San Martín como la Rambla de Barcelona, con dos actores por cuadra, que sea divino venir al centro. Lo virtuoso de eso es que volvés a llenar el centro, que está abandonado, lo hacés encantador, generás posibilidades de trabajo. Hasta los artistas clásicos pueden hacerlo, acordate del Bululú. ¿Por qué no ponerse a recitar Lorca en la esquina de la Bolsa de Comercio? Y de paso mirás un poco hacia adentro, para que se comprometan un poco más. Es un momento revolucionario, y es esto o nada. El nuevo escenario es el aire libre. Lo que hago es convocar a la sociedad para inventar otros recursos. Y no es para siempre, es para que el *durante* sea más amable.

–Planteás que los artistas también tienen que salir a la calle, pero ahí se empiezan a contraponer los intereses del Estado. Hay sectores del propio Estado que creen que muchos artistas en la calle son una molestia, o que prefieren atender a la queja de la Bolsa de Comercio porque una guitarra suena demasiado fuerte. Hay sectores del Estado que responden más a esas demandas que a un modelo de política cultural. Esa también es una batalla que hay que dar. En algunos casos se veía cierta resignación de funcionarios que llegaban a un determinado cargo y no abordaban esa lucha.

–Yo soy un revolucionario. Creo que Pablo (Javkin) me convocó por eso. Y que no llegué antes por revolucionario. Lo que quiero es que ahora se descontracture la Secretaría, estamos inventando una manera. Una vez una novia me dijo (fue hace como 140 años, iimaginate que tenía novia!): “No me dañes, estoy cerca del dolor como una herida”. La sociedad entera está cerca del dolor como una herida, entonces vamos por todas estas cosas que podemos construir, recibiendo ideas (porque no soy un inventor de imposibles, necesito sugerencias), y que nadie quede afuera. No va a haber una sola área de la cultura donde no ponga la cabeza, no sé si el bolsillo, vamos a ver.

–Lo que sucede es que el bolsillo siempre es acotado.

–Pero yo ya lo hablé: voy a hacer las cosas muy bien,

porque dejo mi vida en esto, para mí (aunque sea mi laburo) no es un trabajo. Pero para eso necesito apoyo. Pero el apoyo no es dejarme hacer, porque yo voy a hacer las cosas aunque no me dejen, porque sé que están bien. El apoyo es económico. En una reunión que tuvimos con los sponsors que van a colaborar para la reparación del Museo Estévez, después de una charla que les di con el alma, donde todos estábamos al borde de las lágrimas, vino el mangazo y todos dijeron que sí. Hay empresas constructoras que, habiendo tanta desigualdad, se han enriquecido inmoralmente. Entonces nadie obliga a nadie, pero cuando te sentás y acordás espiritual y formalmente con alguien, no hay demasiada batalla.

—De allí la importancia de avanzar en leyes de mecenazgo, de padrinazgo, encontrar figuras que permitan una articulación público-

para eso, pero hay que revisar algunas cuestiones: ¿cómo es posible que las estructuras del Estado sean tan complejas y burocráticas y sea necesario armar una asociación de amigos que haga posible pagarle a un artista o arreglar una gotera?

—Lo que pasa es que ha crecido mucho el Estado, como debe crecer, porque el Estado son las escuelas, las bibliotecas, las instituciones. Sé que la gestión lo primero que preserva es el sueldo y lo que sobra es lo que hace funcionar la historia. Pero si me preguntás cómo reduciría la planta del Estado, yo no reduciría nada, porque el Estado necesita de todos.

—Además la población crece y con ellas sus demandas al Estado, algo que es insostenible sin recursos humanos.

—Claro, pero para sostener eso tenés que subir im-

“Yo sufrí bullying toda mi vida porque soy afeminado para hablar, pero soy un soldado”

privado que vaya más allá que la concesión de un bar. No es ese un vínculo público-privado deseable, virtuoso.

—Eso no es un modelo público-privado sino el histórico negocio del Estado con los empresarios. Hay que buscar el compromiso de los privados por sostener la civilización, ya no solo la cultura, sino los elementos que sostienen a la civilización: la convivencia, el desarrollo de la moral educativa y espiritual, una conciencia que se educa de abajo para arriba. Tengo grandes esperanzas en la ciudad. Venimos de un año macabro, de pandemia, horroroso, donde la gente se quedó sin nada, todo lo que estaba seguro se transformó en inseguro. Creo que es una oportunidad para encontrar nuevos caminos. Hagamos ágoras en las plazas donde las propuestas sean concretas. Quiero que todas las instituciones tengan una cooperadora, una asociación de amigos. Son muy activas y permiten tener independencia. No puede ser que tengas que esperar a tener la caja chica, a que te firmen en Cultura, para comprar una lamparita.

—De hecho las asociaciones de amigos sirven

puestos, que es políticamente incorrecto. Por eso propongo que los grandes eventos sean negocios, tanto para las personas como para el Estado. Que el Estado no le cobre el espacio al artista, sino que se asocie y el alquiler se lo cobre al turismo. Hay que pensar eventos, actividades que hagan que la gente se junte. Quiero protagonista al folklore, tiene que haber un festival que lo tenga como protagonista. Me interesa la auténtica ruralidad, no la de los latifundios. Me interesa la cultura rural, la permacultura, aprovechar más la naturaleza, optimizar las cosas. Eso lo hago porque me siento un sobreviviente.

—Mencionás la ruralidad que en Rosario existe en los márgenes (que pocas veces se atienden). En el documental *Dante en la casa grande* (2009), de Rubén Plataneo, decías que “hay que devolver a Rosario la identidad, que no la tiene”. Ahora hablás de la ruralidad, que no está incorporada a esa identidad. ¿Ves factible poder resolver esa búsqueda de identidad ahora que tenés poder de decisión? En todo caso, ¿cuál sería esa identidad?

—Lo que quiero es hacer una convocatoria masiva, horizontal, para establecer esa identidad. Incluso establecer una fecha de fundación alternativa, laica, a la que se establece para la ciudad, en la que puedan participar los judíos, los musulmanes, los chinos. Así como inventamos el otro Día del aAmigo en memoria del querido Negrito Fontanarrosa, hagamos otra cosa donde podamos participar, a ver qué sale. Y quiero una marca Rosario que no cambie con cada gestión. En mi papelería voy a poner un sellito que va a ser el Puerto de la Música. Aunque no sé qué va a pasar. El grave error con el Puerto de la Música fue el hecho de que fue vertical. Si hubiéramos convencido a la sociedad de que no era más importante arreglar el bache de una calle que hacer el Puerto de la Música, la señora que tenía un bache ahora tendría una avenida de doble trama. Porque con el Puerto de la Música instalado en el planeta, es un negocio para la ciudad. Lo otro es necesario, pero individual. Las grandes cosas, las que nos diferencian del mundo, son a las que tenemos que apuntar. Hay algunas cosas que no le voy a perdonar a la gestión anterior: la falta de estrategias, porque hacer un distrito es fantástico, pero es muy difícil correr a la gente de que es el lugar donde se pagan impuestos. De lo que la sociedad se apropia, del espacio público, ese es el verdadero escenario. Por eso ahora voy por las chimeneas de las Tres Gracias (Libertad, Igualdad y Participación), frente al Centro Municipal Distrito Sudoeste. En la plaza del trabajo vamos a unir las tres chimeneas con un escenario, con una placa de mármol con los nombres de los desaparecidos de Acindar. La identidad de Rosario, una ciudad porteña, es el trabajo, no hay otra. Porque los pintores son trabajadores, los maestros, los escultores, los músicos son trabajadores. La identidad es el laburo. Con todos los elementos del arte que tenemos, ¿cómo no vamos a tener una marca-ciudad real que nos identifique a toda la ciudad?

—Esa concepción del trabajo como factor identitario es clave porque rompe con la concepción de la división por clase económica. Hay algo más profundo en el hecho de igualarse en la condición de trabajador. Es además fundamental que las y los artistas se entiendan como trabajadores, que no se trata de ir a golpear una puerta para pedir un show. Ese es también un desafío cultural.

—Sí, y yo convoco a todo el mundo para discutir el tema. Yo propongo discutirlo con lógica. Si hubiera alguna otra posibilidad en el horizonte, sería más fácil. Pero

como pinta el planeta, no va a ser cada vez mejor, entonces tenemos que fortalecernos todos. Especialmente la gente de la cultura, en sus distintos aspectos y desarrollos.

—Al momento de tu designación recibiste numerosas manifestaciones de afecto. Se evidenció una alegría genuina por tu nombramiento. En cierto modo, asumir como secretario de Cultura, con la exposición que significa, implica poner en riesgo ese reconocimiento.

—Como soy una persona atípica, en condiciones atípicas, mi gestión tiene que ser atípica. No puedo estar a disposición 48 horas al día para sacarme una foto en un lado, en otro, porque no me da el cuerpo. El trabajo no es ir a firmar documentos, sino que estoy todo el día con la cabeza puesta en pensar cosas, marcar un norte e ir rescatando a los naufragos. No es fácil. A Pablo le dije que, salvo cosas estrictas a las que tenga que ir, yo no soy maleta de loco para ir a todos lados. Y quiero un día a la semana para mí, para mi casa, mis animales. Soy un tipo solo, no tengo familia, mucama, alguien que me haga un plato de comida. Acá a casa vienen una vez y no vienen nunca más, icon los dinosaurios que tengo! Ahora voy a contratar una cooperativa para que venga a limpiar cada diez días. Y me importa un carajo, porque todo lo que fui cuando era el más lindo del mundo ya fue, mi cabeza es otra y mi salud es lo principal en este momento. Quiero durar lo más posible para hacer lo más posible, no para tomar mate con los amigos. Porque no tengo muchos amigos. Porque desde que heredé esta casa en la que vivo dejé de ser Dantito y pasé a ser un metro cuadrado. Todo el mundo, aunque no te lo dice, espera algo. Y cuando esperan algo de vos, esperan la herencia. Y para poder heredar, te tenés que morir. Entonces si hilás finito, ¡estás rodeado de enemigos! (ríe). Pero a todo el mundo le digo que no esperen nada, porque se lo voy a heredar a la ciudad. En mi testamento va a haber muchas sorpresas. ¿Sabés lo que es estar vivo en este momento de mi vida, teniendo que haber estado muerto hace veinticuatro años? ¿Y que a esta altura me nombren secretario de Cultura por clamor, algo que no pasó antes con nadie, ni siquiera con Chiqui? Me sé un artista popular, sé que soy una persona querida, que tengo elementos creativos, que me dedico a inventar cosas mañana, tarde y noche. Sé que tengo el desparpajo para hacerlo y ponerlo en escena. Sé que soy valiente. Sé que soy afeminado, no maricón. Soy VIH: hablame a mí de gladiadores...

Filibusteros

Por Ricardo Guiamet

Cuando le ofrecieron el trabajo Justo dijo que no sin siquiera pensarlo.

Las restricciones sanitarias a la circulación en medio de la epidemia eran severas. Hacía poco más de un mes que los vehículos eran controlados por la policía cuando intentaban cruzar de una provincia a otra. Si ya de por sí el transporte que le habían ofrecido no era legal, con el avance de la tuberculosis el riesgo de ser interceptado era mayor.

Ya había realizado tales viajes desde Cosquín hacia Capital, pero en esa circunstancia, por motivos que no requerían mayor explicación que lo excepcional de la época y el peso propio del apellido de la muerta, el dinero que le ofrecían se había multiplicado por diez.

Las deudas crecientes que tenía en el boliche, en la pensión, en la carnicería y en la tienda, resultaron en una conjunción que torció su negativa. Tres horas después estacionó debajo de una vegetación frondosa en el parque frente al hotel sobre la ruta entre Capilla del Monte y La Cumbre, en la zona de Cruz Grande. Desde la galería

aplaudió dos veces, sin deseos de hacerse notar mucho ni entrar a la recepción.

El dueño del hotel salió. En el gesto de alivio de su rostro Justo supo que aún no había conseguido a nadie que realizase el viaje. El hombre le indicó que rodease la construcción con el auto y lo esperase en los fondos.

Esperó al lado del auto. A los pocos minutos apareció un hombre de traje, de algo más de cincuenta años de edad que pareció medirlo con la mirada, como preguntándose por la calaña de alguien dispuesto a tal tráfago.

El hombre le habló un minuto, sin mayor emoción, le adelantó algo de dinero para los gastos del viaje y le dio un papel donde estaba anotada la dirección en Capital Federal. Le pidió la mayor premura en llegar. Eran las cuatro de la tarde y a la mañana siguiente comenzaría el velatorio en la casona familiar. Justo asintió con un movimiento de la cabeza y esperó que el hombre entendiese que para él era importante cumplir con el cliente.

Me han dicho el dueño del ho-

tel y el doctor que usted siempre ha cumplido con los traslados. Imagínese que la madre necesita verla, sino vamos a llorar dos pérdidas en vez de una.

Cuando el hombre terminó de hablar aparecieron dos enfermeras por la puerta del fondo del hotel llevando una persona sobre una silla de ruedas. Completamente cubierta por un largo vestido, guantes, y un sombrero con un pesado velo, la mujer que llevaban era la mercadería que tenía que transportar, el cadáver.

La sentaron en asiento del acompañante. Tardaron varios minutos en acomodarla, atarla para que no se dislocase como una muñeca en cada barquinazo del viaje. Como disposición final alzaron el velo y una de las enfermeras maquilló cuidadosamente el rostro.

Justo dejó de observar los preparativos. Lo sorprendió el rostro del hombre trajeado cubierto de lágrimas. Luego que las enfermeras se alejaron con la silla de ruedas el hombre rodeó el auto y apoyó su cara contra el rostro de la muerta. Mi chinita, dijo llorando,

ahora te llevamos con mamá, te va a besar, te va a cuidar.

Después, junto a otro billete de cien pesos, le dio dos últimos consejos: que se apurara y que no tuviese miedo, que su hija, ya muerta, no podía contagiarlo.

No tenía miedo. Le gustaba decir, cuando tomaba grapa con amigos en el bar en Capilla, que les tenía miedo a los vivos, no a los muertos.

Las trabas del Ministerio de Salud para el cruce interprovincial de cadáveres hacía que fuese un tormento para las familias que habían radicado a sus familiares enfermos en el Valle de Punilla el momento en que tenían que velarlos, inhumarlos, recibirlos en los panteones de la Capital. Por eso algunos como él, acostumbrados a manejar y correr con Merceditas en las pruebas del turismo provincial en aquellos años 30', se ofrecían a llevarlos durante la noche hasta la Capital.

Elegían caminos secundarios, rurales, arenosos o que después de las lluvias eran guadales, pero nada que impidiese cumplir con el encargo.

Ya había llenado el tanque de nafta y cargado dos latas más en el baúl para no detenerse durante el viaje. También había preparado unos sándwiches y vino que llevaba en una caja de madera en el asiento de atrás. Tenía todo listo para salir.

Condujo hasta la ruta hacia Córdoba Capital. En La Falda se desvió por El Cuadrado hacia Río Ceballos. Subió el repecho y en la entrada de una estancia dobló unos cincuenta metros hasta refugiarse bajo una pequeña arboleda que sobresalía en la aridez de las

Sierras. Bajó del auto, sacó la caja de madera con los alimentos y esperó que anocheciera. No quería cruzarse con nadie en la ruta bajo la luz del día. Cualquier control policial, cualquier paisano que lo topara en algún cruce de caminos podía descubrir el engaño de su acompañante.

Apenas anocheció regresó al riopiedra del Cuadrado y trepó hasta las cumbres de las sierras para luego descender en una solitaria e invernal Río Ceballos. Dobló hacia el sur. En la entrada de Córdoba capital existía un puesto caminero. Conocedor de la existencia del mismo, unas cuadras antes de Alta Córdoba se metió por los suburbios y salió al Camino a Monte Cristo.

Pero en la entrada a Monte Cristo se topó con otro control inesperado. Alcanzó a frenar una centena de metros antes del mismo y por unos caminos rurales, yendo y viniendo, logró eludir a los policías y retomar la ruta pasando el pueblo, camino a Piquillín.

La noche comenzaba a complicarse para Justo. El olor del formol en el cubículo cerrado del auto lo adormecía. Quería volver rápidamente por Río Primero hasta la ruta 9, tomar hacia Rosario y llegar lo antes posible a Capital Federal.

Cruzó Villa del Rosario, Matorrales y Las Junturas como si realmente el auto, y no su carga, fuese un fantasma. Se tranquilizó algo cuando se fue acercando a Villa María. Desde allí tenía la alternativa de seguir hacia Rosario o sino hacia el sur, empalmar la ruta 8 y llegar a Buenos Aires.

En la entrada hacia Villa María, luego de una curva, se topó con otro retén policial. Ni Justo ni su cliente, ni el dueño del hotel ni ninguno de los cómplices del traslado sabían que se había producido un asalto cruel y mortal en la capital cordobesa. Los asaltantes habían huido en dos autos. Uno, por un azar absolutamente irónico, era del mismo modelo y color que su auto.

La policía cordobesa aún sufría remezones en su prestigio derivados de la desaparición de Marta Ofelia Stutz. Las críticas caían como un alud. Sea por ineficientes en la pesquisa, por incompetentes o por la brutalidad de sus interrogatorios a quienes les endilgaban el crimen de la niña, los policías se ganaron en esos tiempos un cartel de pretores de las clases acomodadas que querían terminar la investigación en desmedro de la justicia. Los jefes policiales creían que una intervención exitosa en el robo mortal en el centro cordobés devolvería a la fuerza la buena imagen que ellos creían había tenido hasta el affaire de Martita Stutz.

No alcanzó a desviarse de la ruta. Los policías le hicieron señas para que se detuviera. Ni siquiera lo consideró. Con la misma impulsividad con que se había negado esa mañana a realizar el viaje, aceleró y cruzó el retén, golpeando un tambor que oficiaba de valla en la ruta y siguiendo hacia Villa María. Uno de los autos policiales lo persiguió. Justo, ducho en el manejo en las sierras, no tuvo muchos problemas para distanciarse de su perseguidor. Cuando se acercaba al cruce con la ruta 9 apagó las lu-

ces de su auto y se metió en el primero de los caminos rurales que encontró entre los campos.

Desde ese momento manejó despacio, sin luces, intentando alejarse de cualquier modo de su perseguidor. A tuestas en la noche, con un sentido de orientación innato que le hizo doblar correctamente en cada esquina de campos, pronto cruzó la ruta 9 y la desechó como alternativa para continuar el viaje. Siguió por los caminos rurales. Las luces de Villa María a su derecha le permitían corroborar el acierto del rumbo elegido. Quería tomar al sur la ruta hacia La Carlota.

Pasada la medianoche llegó a Etruria. Se desvió otra vez por caminos rurales y desembocó en Pascanas. Dobló hacia el lado de Corral de Bustos, Chañar Ladeado y Berabevú, pero a los cinco minutos vio las luces de una baliza policial detrás suyo. Aceleró, y también las luces detrás de él aceleraron. Justo entonces clavó los frenos en el primer camino rural que doblaba hacia el sur y se metió, otra vez apagó las luces de su vehículo y anduvo, a no más de treinta por hora, esperando ver por el espejo retrovisor pasar ligeras y urgiditas las luces de la patrulla por la ruta hacia Corral de Bustos. No le sorprendió que eso no ocurriera. Los policías, habiendo observado el polvo del camino vecinal aun planeando sobre la ruta no dudaron ni un segundo y doblaron en su persecución.

Justo entonces aceleró, encendió las luces y pensó que el único modo en que podía eludirlos era escapándose de ellos, como en una carrera de turismo provincial.

Por una hora duró la persecución. Era, como tantas veces, un desafío entre dos personas, sean conductores, boxeadores, meritorios aspirando a un cargo de cajero en un banco o falsos poetas rastreando el amor de una mujer.

En ese lance el mejor mérito de Justo, su don, finalmente venció. Escuchó, por la ventanilla que había abierto para escapar del vaho del formol, un golpe de chapas y tierras. Miró por el espejo y frenó. A poco más de cien metros de donde estaba veía los faros del patrullero inclinados como queriendo beber en la zanja que corría junto al camino vecinal.

Justo giró la cabeza hacia la derecha y le sonrió al cuerpo adolescente sacudido por los corcoveos de la persecución. Miró de nuevo por el espejo. Cuando el acompañante del auto policial, ya parado en el medio del camino apuntó con su revólver Justo aceleró. Escuchó los dos tiros. Le divertía haberle hecho creer al milico que había tenido alguna chance de igualarlo en el manejo. Bajó por la ruta a Canals, esquivó el pueblo por los campos y siguió hacia el sur. Quería llegar hasta La Cesira y desde ahí tomar el camino que llevaba hasta Sancti Spiritu, ya en la provincia de Santa Fe. Ahí podría seguir hasta la ruta 8 y ya no tendría problemas.

Dobló en La Cesira y siguió por ese camino conocido. Durante la infancia de Justo su padre había sido puestero unos años en un campo a mitad de camino entre ambos pueblos, exactamente en el medio de la nada, y la excursión en sulki a los almacenes generales de algunos de los dos le había

permitido memorizar ese paisaje, muy diferente al serrano, tan monótono que permitía apreciar la belleza rala de un ombú o la distinción singular de una cañada y fijarla para siempre en la mente infantil.

Cuatro leguas después de haber entrado en el camino, no muy lejos de la estancia en que su padre había servido, la trompa del auto se cayó. Pensó que había quedado empantanado en alguna zanja producto de las lluvias. Se insultó a sí mismo por haberse distraído y no haberla advertido. Bajó para planear cómo sacar el auto.

Lo que encontró fue aún peor. La punta del tren delantero había colapsado. El neumático derecho, caído, servía de soporte para un auto ya inútil. No tenía arreglo. Tenía que esperar la mañana y buscar un mecánico en alguno de los dos pueblos. En su memoria Sancti Spiritu aparecía como más grande y diverso en comercios y oficios. Decidió salir caminando hacia allá para llegar a primera hora. En la oscuridad absoluta de la madrugada acomodó a su acompañante. Los constantes barquinazos de la travesía la habían descuajeringado en lo que ya era: una muñeca inerte y sin vida, una marioneta de frágil durabilidad. El olor a formol todavía cubría los aromas propios de la muerte, pero sabía que no pasaría más que un rato hasta que su carga se tornara a más de helada en fragante y terrorífica.

Pero él jamás había temido a los cadáveres, y no sería esa noche cuando comenzase a hacerlo. Luego que la emplazara nuevamente en una postura digna, Justo corrió

el velo del sombrero que cubría la cara de la adolescente y permaneció observando su rostro en el que, pese a la notoria ausencia de vida, aún la juventud no había sido vencida por la muerte.

Luego miró el resto del cuerpo. La extrema delgadez que acompañaba el diagnóstico de tuberculosis colocaba a la niña en la imagen perfecta de una marioneta destartada, sus muñecas no mucho más gruesas que pequeñas ramas, las pantorrillas que recordaban fotografías de hambrunas africanas.

Concluido el arreglo de su carga bebió lo que le quedaba de vino y salió hacia el este. A la media hora de caminar con paso vivo divisó a su izquierda una entrada de eucaliptos que reconoció inmediatamente. Era la estancia donde su padre había sido puestero. Considerándolo un augurio saltó la tranquera y caminó hacia el casco. No había hecho más de trescientos metros cuando un grupo de perros lo rodeó ladrando y mostrándole los dientes. Justo se detuvo, se quedó quieto en medio del paseo de eucaliptos, perfectamente visible.

No pasaron cinco minutos cuando un hombre se acercó caminando, con una escopeta en la mano. Lo increpó por su presencia en propiedad privada. En dos palabras Justo le describió su panorama, su hija enferma en el vehículo, la defecación del tren delantero.

Luego, como al pasar, preguntó si los Díaz seguían siendo los dueños del campo y mencionó su vida en el lugar y la labor de su padre. Los Díaz habían vendido hacía

veinte años, le comentó el hombre que ya había bajado la escopeta, calmado a los perros e invitado a Justo a acompañarlo a buscar su chata. Ya en marcha en el vehículo le contó que por una mala inversión de quien le comprara a Díaz, más tarde, en un remate judicial, un accionista de un banco, un gringo, le dijo, se había quedado con la tierra. Desde ese momento él era el puestero, y vivía en la casa al fondo del casco con su mujer y cuatro hijos.

Los otros diez minutos hasta que llegaron al auto de Justo los dos repitieron la sorpresa de la enorme casualidad acontecida. Como si la infancia lo hubiera llamado, dijo el puestero, o el pasado, o qué sé yo.

Llegaron. Al primer vistazo el puestero comprendió la gravedad del asunto. Le indicó a Justo que él no tenía tractor para remolcar el auto hasta un pueblo. El puestero miró hacia el interior de la Merceditas. La chinita, inmóvil, arropada con un vestido demasiado elegante para un viaje por caminos rurales, más acorde con una ceremonia bautismal o de espousales. Desconfió. Miró a Justo y le preguntó de dónde venían.

De acá cerca, de Ausonia, contestó Justo. El puestero le preguntó por qué había elegido ese camino olvidado por Dios, en vez de tomar alguna otra ruta, le preguntó por qué no la había llevado a Rosario, o a Córdoba. Justo, sin tener ninguna respuesta verosímil en su mente, le respondió la verdad.

Hace rato que Dios se olvidó del camino, dijo, y de mí.

El puestero, que todavía tenía

colgada de su hombro derecho la escopeta, abrió la puerta del acompañante. Justo no intentó impedirlo. Devastado, el olvido de Dios había llegado a su cúspide.

¿Es su hija?, le preguntó el puestero. Ni sé quién es, me pagan para llevarla acá –le mostró el papel con la dirección– la pobrecita se murió en Cruz Grande, de tuberculosis, y querían velarla en Buenos Aires, no sé, se ve que es gente importante.

¿Le pagaron bien, por lo menos?, repreguntó el puestero. Me dieron quinientos, dijo, y cuando llegue me van a dar diez mil.

El puestero le arrebató el papel. Leyó la dirección. Hizo un gesto con el mentón que expresaba un saber cartográfico, dijo: Esto es por Belgrano, la zona esa de las casas pitucas. Sí, le contestó Justo, ya hice algunas veces estos viajes.

¿No le asustan los muertos?, preguntó el puestero, no señor, respondió Justo, a los vivos les tengo miedo, a los muertos no. Lo bien que hace, concluyó el puestero.

Por tres minutos permanecieron en silencio, ninguno de los dos sabía que ofertar o demandar al otro. Justo, recordando cual había sido su máxima aspiración cuando inició la caminata, le dijo al puestero:

–Si usted me lleva a Sancti Spiritu, despierto algún mecánico, que debe haber, y usted nos trae de vuelta, yo le doy todo lo que tengo, me quedo un par de billetes para la nafta y sigo viaje.


–Un par de billetes para la nafta –respondió el puestero,



> NOVEDADES 2021

Nuevos libros
Más presentaciones
Descarga de libros gratuita
Y mucho más

Seguinos en redes

 @unreditora

 UNR Editora

Solo soy uno que llora

Virginia Ducler

UNR



UNR
EDITORIA



UNR
EDITORIA

CONVINGIAE

mirando el piso.

—Lo que usted quiera, no sé, cuando me paguen en Buenos Aires vuelvo por acá, le doy la mitad, lo que quiera. Piense en esa madre señor, está esperando el cuerpo de su hija.

El puestero no respondió. Se sentó en el estribo del auto. Cuatro minutos después, comprendiendo que Justo no iba a volver a hablar antes que él lo hiciera le dijo.

—No sé, me parece usted se metió en un berenjenal. Fíjese sino — un gesto del puestero con la mano tendió una panorámica sobre la horizontalidad insultante de la pampa—, usted acá no tiene nada, está más perdido que si estuviera en el medio del mar. —Lo miró profundamente a los ojos, le preguntó—: ¿Qué puede hacer usted?, yo me subo a mi chata, me pego la vuelta, ¿qué puede hacer usted?

—Lo que estaba haciendo antes de entrar a su campo, sigo hasta Sancti Spiritu y despierto algún mecánico, alguien debe haber. Llegaré a Buenos Aires al anochecer, me putearán, capaz que no me pagan, pero la madre tendrá a la chica señor, lo que es justo es justo, yo no la puedo defraudar.

—Usted no la puede defraudar me dice y se largó con este auto que se cae a pedazos y ni siquiera es capaz de decirme de dónde viene, porque viene por el medio del campo, no es capaz de sincerarse.

Justo se calló. La pampa era realmente, como siempre, un océano de trigo y alfalfa, un infinito que en sus costas tendría policías y controles, un lugar donde hundirse y naufragar.

El estado de su auto, con la punta del eje delantero quebrada

requería de dos cosas que sabía no se podían resolver en pocas horas: la primera un taller con las herramientas para repararlo, soldarlo y acomodarlo, ponerlo en condiciones. La segunda cosa, más urgente, menos importante, un tractor que dispusiese de las horas para arrimarlo al taller mecánico.

Además temía que cualquier curiosidad en el pueblo al que llegase despertase su presencia acabase aún peor. Estaba chapoteando, ahogándose en esos pensamientos, girando en los mismos como si un remanso lo hubiese atrapado y desviado de cualquier escape, sin poder ver ningún horizonte de salvación. Se sentó en el estribo de su auto, su brazo izquierdo rozó la pantorrilla derecha de la muertita. El puestero se agachó frente a él, le habló.

—Yo no sé en que anda usted. Esta pibita está más muerta que Dios sabe qué. Y esta pibita, se ve en la cara, no podía vivir más, pobrecita. No sé por qué usted se metió en esto ni sé por qué se metió acá, en estos caminos. Yo no le puedo arreglar el auto, y si quiere le busco un mecánico en el pueblo, pero entre dimes y diretes usted va a llegar a Buenos Aires pasado mañana.

—¿Y qué puedo hacer, sino? — preguntó Justo.

—No sé, usted dirá —apostó el puestero.

—No sé, no puedo hacer otra cosa de lo que le digo. No me entiende usted, la tengo que llevar a la finadita.

El puestero se levantó, se estiró las ropas, colgó la escopeta otra vez de su hombro y caminó despacio hacia su chata. Vamos, si quie-

re, le dijo, pero acuérdesese que usted está haciendo un delito, si no soy yo será otro el que lo denuncie. Usted está mezclando muchas cosas, y gente, en un asunto suyo.

Fue entonces que Justo le dijo que no lo llevase, que lo dejase ahí, que él se arreglaría solo. El puestero se sentó en la caja de su chata. Volvió a deshombrear su escopeta. Quizá yo tendría que ir hasta la comisaría, le dijo. Lo que usted está haciendo es un delito, continuó, hizo un silencio, y agregó: un trabajo, sí, y por mucha plata, sí, pero también un delito.

Justo se inclinó sobre la muerta, fingió arreglarle las ropas pero con su mano derecha, buscó su revólver abajo del asiento. Cuando sintió el caño de la escopeta apoyándose en su espalda giró su cara, que miraba fijamente el rostro de la chica, como desentendido de la manipulación de su mano derecha, levantó los brazos, se alejó del auto. El puestero manoteó el revólver, esperó una respuesta.

—No iba a dejar que me denuncie, ni usted ni nadie compadre —le dijo Justo—. Yo estoy trabajando, y estoy haciendo una obra de bien, me entiende, estoy dándole un poco de paz a una familia.

—No soy su compadre. Sí, una obra de bien que la cobra diez mil pesos. Preso tendría que ir.

No hablaron más. El puestero descargó el revólver y lo dejó, junto con las balas, en su chata Ford. El tiempo, entre ellos, alrededor de ellos, era algo más que el movimiento de las estrellas en el cielo. Era la angustia de Justo, era la indecisión del otro. El tiempo, entre ellos y alrededor de ellos, descendía con la premura invisible del

rocío, tornaba cada vez más imposible la odisea de Justo.

Este, finalmente, lloró. Lloró diez minutos sin detenerse. Después se limpió los ojos con la manga de su ropa y le pidió perdón al puestero. No se disculpe, respondió este. A mí se me murió mi única hija el otro invierno, y también lloré.

A los cinco minutos el silencio volvió a ser atravesado por la voz del puestero. No hizo una oferta a Justo, ni siquiera una amenaza o una pregunta. Simplemente le informó su decisión.

Luego de que Justo hiciera un gesto indefinido con su cabeza, que podía ser aceptación, débil negativa, resignación o incluso incompreensión de lo decidido por el puestero, las cosas se aceleraron. El puestero buscó una cuerda en su chata y ató las manos de Justo. Lo hizo sentarse en el asiento trasero de su auto. Después arremó su vehículo y delicadamente, con un respeto y pudor que Justo comprendía nacía del recuerdo de la hija muerta, el puestero sacó al cadáver del Mercedes y lo metió en la caja de su chata, lo cubrió con bolsas de arpillera, sacó la botella de formol del auto y la rocío. Finalmente la colocó en la fiambrera metálica en la que guardaba, enfriadas con hielo, las perdices y liebres durante las madrugadas de cacería.

Antes de irse le desató las manos a Justo. Le advirtió que no se acercara a su casa, porque iba a dejarle la escopeta a su hijo mayor, que ya tenía trece años y lo acompañaba a cazar. Que tuviese cuidado con los perros cimarrones. Le aclaró que si él hubiese

dejado a la finadita sola en el medio de esa nada para caminar al pueblo quizá una jauría de perros, o algún bicho peor, porque el verano pasado había por las lagunas una puma con dos cachorros, la hubiesen carroñado.

–Usted no se preocupe. Conozco la Capital y voy a llegar. Antes de irme paso por mi casa y la tapo a la muertita una barra de hielo, que ayer compré dos. Usted hágase la idea que está como esos dibujitos del periódico, ¿vivo?, que hay un hombre todo sucio y barbudo en una islita chiquita, con un arbolito, esperando un barco. Usted quédese acá, si tiene que mear ahí tiene todo esto –el gesto del brazo abarcó ese lugar que ahora se llamaba llanura, y antes desierto y antes pampa y aún antes lelvul–. Por acá no pasa nadie, nunca. Los jueves sale un camión de otra estancia, pero yo mañana a medianoche ya voy a estar acá. Además si pasa alguien usted ahora ya no está haciendo nada malo, ni un delito ni nada. Capaz que hasta lo ayudan. Si no pasa nadie antes yo lo vengo a buscar cuando vuelva y lo llevo al pueblo. Ahora voy hasta mi casa y antes de viajar le acerco unas galletas, unos salames, una hormita de queso y algo de ginebra.

El puestero subió a su camioneta. Regresó a la estancia.

Su mujer lo esperaba afuera, con los hijos despiertos. Él mandó a los chicos para adentro y habló con la mujer en la cocina mientras cargaba la barra de hielo y algunas provisiones, tanto para él como para Justo. Le explicó que había auxiliado a un hombre en el camino pero como no le confiaba lo ha-

bía dejado allá, en su coche, y por sí aparecía por las casas, aunque no creía que apareciese, le dejaba la escopeta para que la tuviera el Antonio.

Después, cuando ella lo ayudaba a cargar y acomodar en la chata los pocos bártulos que necesitaba para la travesía, la abrazó, un gesto de afecto poco común en ese hombre tan monótono, inmenso y atemorizante como la llanura y le dijo:

–Mirá vieja, tengo que hacer un trabajo, me dan cinco mil pesos y dinero para los gastos. Es un platal. Mañana a la noche vuelvo. Me tengo que ir hasta Buenos Aires.

La mujer inició una protesta. Era lejos, ellos no necesitaban ese dinero extra, ayudaba a un desconocido que quizá era un malandra.

El puestero abrió la caja metálica. A la vista de su mujer acomodó el hielo que había partido en pedazos rodeando primorosamente y sin humedecer a la muertita.

–Vos sabés, el año pasado ni la pude ver a la María en el cajoncito, entre que no lo podía creer y el pedo que me agarré. Después me quedó el dolor de no haberla visto por última vez.

Miró a su mujer: como un año atrás, las lágrimas, esas extranjeiras en sus ojos, rebeldes, sorprendidas, alejaban de foco el rostro de esa que le había parido sus hijos y lo había acompañado en hambrunas y cosechas. Él le prometió: eso no va a pasar otra vez, no al menos con esta gurisa.

(Publicado en el libro *Tan lejos. Diez naufragios*, Editorial Casagrande, 2020)

Mujeres de trazos definidos

María Luque, Flopa y Jazmín Varela pintan y dibujan mundos cercanos, que respiran en páginas perspicaces y subversivas, mientras construyen una obra propia de raíz compartida

Por **Leandro Arteaga**

Es cuestión de tomar el lápiz. Y trabajar. Nada impide el acceso al dibujo. Historieta, ilustración, humor gráfico, maneras diferentes de ejercer el ingenio. María Luque, Flopa y Jazmín Varela coinciden en este disfrute. Luque viene de Bellas Artes, Varela del diseño gráfico, Flopa (Flor Monza) es autodidacta y psicóloga. Junto a otras pibas compartieron la organización del Festival Furioso de Dibujo, celebrado a partir de 2014 en Plataforma Lavardén. ¿Rosario tiene ámbitos desde dónde hacer proliferar lo propio? Este es un gran ejemplo. Hoy, potenciadas por todo lo compartido, cada una de ellas prosigue su trayecto.

“Me fui formando en los talleres de artistas y dibujantes, en encuentros como Meriendas Dibujo (de María Luque) y con las mismas chicas del festival, con quienes nos empezamos a juntar para dibujar, y también con los mismos talleristas a los que invitábamos”, recuerda Jazmín Varela. De manera

coincidente, Flopa comenta que su formación “comenzó cuando conocí a mi grupo de amigas dibujantes. Durante el Festival Furioso de Dibujo compartimos experiencias y procesos, consultándonos todas nuestras dudas a la hora de encarar el oficio y conociendo a colegas que admirábamos. Todo eso me sirvió muchísimo a la hora de encarar una carrera profesional en la ilustración”.

En todo esto late algo del misterio rosarino. Según Luque “en Rosario hay una tradición que atraviesa a muchas generaciones de dibujantes, y se transmite. Pienso en todos los que están saliendo de los talleres de Silvia Lenardón y Pauline Fondevila, quienes a su vez fueron alumnas de otra gente. Hay una especie de legado del dibujo, la ciudad es un semillero. No sé bien qué es, pero me encanta saber que es algo que está en funcionamiento y continúa. Es una especie de marca”.



Papeles dibujados

Luque y Varela no pensaron en dedicarse a la historieta. Sus procedencias y lecturas no coincidían con los cuadritos, iban por otros lugares. Pero bastó que el chispazo se produjese para que los fanzines y libros surgieran.

En el caso de Luque, el primero de sus libros fue *La mano del pintor* (Sigilo, 2016), dedicado a su “encuentro” con Cándido López a partir de la verdadera historia del tatarabuelo de la dibujante, médico encargado de cortar la mano diestra del pintor durante la Guerra del Paraguay; le siguió *Casa transparente* (Sexto Piso, 2018), con el que ganó el Premio de Novela Gráfica Ciudades Iberoamericanas, que organiza la Feria del Libro de Guadalajara y tuvo proyección internacional; y ahora *Noticias de pintores* (Sigilo, 2019), dedicado a anécdotas elegidas en las vidas de las y los artistas admirados. “Con la historieta me fui encontrando –dice Luque–, para mí era algo bastante ajeno y la descubrí hace relativamente pocos años, cuando me acerqué a las novelas gráficas y leí *Persépolis* de Marjane Satrapi y *Virus tropical* de Power Paola, que me atraparon y me dieron ganas de seguir leyendo y de empezar a dibujar historietas”.

En la trayectoria de Jazmín Varela destacan *Crisis capilar* (EMR, 2016), *Guerra de soda* (Maten al Mensajero, 2017), *Cotillón* (Maten al Mensajero, 2020). Los tres son indagaciones personales, historias propias que se narran para ver hacia dónde llegan, en un proceso que la autora descubre página a página. En el periplo, el encuentro final sucede en quien lee. En este sentido, el libro que ocupa un lugar preferencial es *Tengo unas flores con tu nombre* (Maten al Mensajero, 2018), que no es exactamente historieta, o sí, son ilustraciones a página completa, viñetas amplias que esbozan un diálogo esquemático. La representación es suficiente como para ser integrada en las vidas de las lectoras, a ellas está dirigido. Es un libro tan potente como la fuerza que ejerce sobre el medio en el cual se inscribe; en otras palabras, la historieta es todavía un medio sorprendente, que parece inexplorado, gracias al desenfado con el cual se mueven dibujantes como María Luque y Jazmín Varela.

“A la historieta la fui descubriendo a través de amigos dibujantes como María. Cuando la conocí ella recién empezaba a hacer páginas, pero alejadas de la historieta tradicional, que era algo que no me llamaba la atención o no conocía. Me dieron ganas

Sebastián Vargas



Flopa (Flor Monza) es autodidacta y psicóloga.

de hacer algo similar, comprendí que la historieta no era solo una viñeta cuadrada con globos de texto, sino que podías hacer otras cosas. Empecé a leer más y amigos editores como José Sainz me prestaron libros de historieta experimental, que era lo que más disfrutaba. Comencé tímidamente con fanzines, viendo qué podía hacer en una página y de a poco atreviéndome a sumar más”, cuenta.

Los rasgos plásticos de Flopa comunican un matiz luminoso y perspícaz. Su trabajo destella y brilla en todo lo que toca, sea publicidad, ropa, páginas de historietas, libros ilustrados o chistes gráficos. “Después de recibirme de psicóloga retomé el dibujo, experimentando con herramientas digitales, que era lo que más me llamaba la atención en ese momento. Armé un blog sobre «canciones dibujadas», donde subía ilustraciones sin mucha expectativa de que alguien pudiera verlas. Hasta que un día me dio curiosidad ver qué pasaba si las compartía en una red social con más interacción, que en ese momento era Facebook. Llegó mucha gente, lo que hizo que se abrieran nuevas puertas, laborales y sobre todo vinculares. Nunca imaginé todo lo que vino después”, explica.

Flopa se destaca también en el chiste gráfico,

cuando es cierto que se hace un poco difícil pensar en humoristas gráficos rosarinas. “Estrella Mergá es una ilustradora e historietista que tiene muchísimos chistes gráficos excelentes; Flor Balestra también. Pero ocurre que no nos dedicamos ciento por ciento al humor gráfico. Alguna vez hice viñetas como proyectos personales, hasta que en 2019 llegó la propuesta de hacer la página de humor de la revista Ohlalá, junto al contenido de redes que hasta ese momento estaba en manos de Pepita Sandwich, y anteriormente de Alejandra Lunik. Pienso que el humor es una herramienta que sirve para preguntarse un montón de cosas, para hablar de lo que incomoda. Casi todos estamos atravesados por los mismos temas y nos identifican cuestiones muy similares, que



Sebastián Vargas



Jazmín Varela se formó con sus amigas dibujantes.

si bien van camuflándose y mutando, en el fondo continúan siendo las mismas problemáticas que se repiten en el tiempo, quizás ahora más complejas por el mundo que nos toca vivir. Por otro lado, son tiempos muy difíciles para el humor; hay un exceso de literalidad que rebasa, sobre todo en las redes sociales”.

Historietas y mujeres

¿La historieta cambió ante la irrupción de la mujer? Es una pregunta válida. Como medio social, la historieta no podía quedar ajena al movimiento político desplegado por la mujer. Tradicionalmente, y valen las excepciones, fue realizada y leída por varones. Ya no es así, lo notable es cómo el medio se redimensiona. Hay que acercarse a la dinámica de sus páginas actuales y notar lo mucho que cambió, no sólo por sus temáticas, sino por un despliegue plástico desprejuiciado. La historieta contemporánea es muy diferente a la que se realizaba y leía décadas atrás.

“La historieta es un buen medio para comunicar algunas problemáticas –dice Jazmín Varela–; para mí siempre hubo lectoras y mujeres haciendo historietas, pero en un momento hubo algo masivo que vino de la mano del feminismo, al querer visibilizar ciertas cosas. Tuvo que ver con poner en palabras temáticas que fueron invisibilizadas, que son personales pero también colectivas. Como trabajo mucho la autobiografía, creo que es fácil que otras mujeres se sientan identificadas o reflejadas de esta manera, así como cuando trato problemáticas relativas a las disidencias”.

Para Flopa la historieta “siempre fue un lugar ocupado mayoritariamente por hombres y creo que aún falta muchísimo. Sólo basta ir a las páginas de humor de los principales diarios impresos. Pareciera que aún nuestro lugar solamente es en revistas *para mujeres* y suplementos. Entonces surge la pregunta acerca de si faltan humoristas gráficas que ocupen esos lugares o esos lugares aún no quieren ser cedidos para que sean ocupados por mujeres. Quizás les asuste un poco lo que tengamos para decir. En los

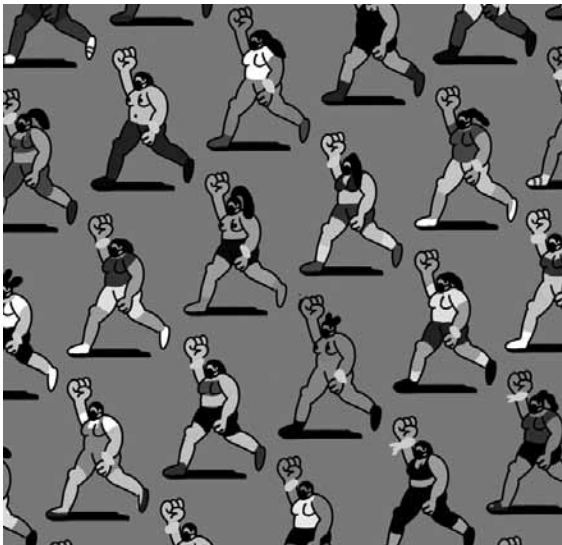
últimos años hubo un crecimiento en el mundo de la historieta y autoedición femenino. Las redes sociales fueron una gran herramienta para mostrar nuestros trabajos y acercarlos a un público que de otra manera no sabría de nuestra existencia. También un montón de pibas se animaron a dibujar y transitar otros lenguajes desde el humor, visibilizando diferentes problemáticas y luchas. «Las 12» hace años que viene trabajando un espacio feminista dentro de un medio, y como gran ejemplo de autogestión está Femiñetas, impulsado por Flor Coll, un periódico feminista escrito e ilustrado por mujeres y disidencias, en el cual también participo”.

“Al charlarlo con otras chicas –distingue Luque– notábamos que había una especie de nicho de varones, que solo contaban cosas relacionadas con los superhéroes o de aventuras, pero siempre hubo chicas que no tenían que ver con eso. Lo que me pasó a mí fue también lo que les pasó a otras mujeres, a partir de ciertas lecturas tuvimos ganas de contar nuestras propias historias. Cuando ves a alguien con una historia parecida a la tuya te dan ganas de hacer lo mismo. Es lo que me pasó y fue alucinante ese descubrimiento. Ahora veo una cantidad impresionante de nuevos proyectos surgiendo y de gente que empieza a contar sus historias personales. Es un momento de una efervescencia que no sé si fue vista antes”.

Lápices inquietos

María Luque es la única de las tres que no vive en Rosario. Un día decidió largar lo que la detenía, viajar con lo mínimo e indispensable, vivir en otras ciudades y lugares, y cuidar las casas de gente amiga. Una experiencia que narra y habita en las páginas de *Casa transparente*. Ahora vive en Buenos Aires y está un poco “detenida”. “¡Por suerte lo hice antes de que empezara esta pandemia (risas)! Me gusta este trabajo, porque implica un montón de posibilidades poder estar en movimiento, en ciudades, sin necesidad de quedarme en un lugar fijo. La experiencia me enriqueció. Pude visitar museos, conocer artistas de otros lugares es una experiencia increíble. Ahora estoy un poquito más quieta, no sé qué va a pasar pero sigo sin tener conmigo muchas cosas (risas)”.

La inquietud de Luque hizo que sus ilustraciones dieran vueltas por el mundo y se colaran en el newsletter feminista de Lena Dunham y Jeni Konner, creadoras del éxito de HBO Girls, quienes la invitaron a trabajar. “Me encantaba, el tiempo que duró lo disfruté mucho, fue de mucha libertad, y me sirvió en un montón de aspectos. Ahora estoy haciendo varias cosas y me estoy sintiendo un poquitito más acomodada. Dibujo y hago ilustraciones para trabajos por encargo, y también para mí, quizás preparando una muestra, pero todavía no lo sé. Trabajo también





en un libro. Me doy cuenta de que la dispersión se apoderó de mí, tengo mil cosas distintas al mismo tiempo. Pero es lo que me está funcionando y en un momento de incertidumbre como este es importante, porque te mantiene andando”.

Flopa cuenta que hace poco entró a imprenta *Un hechizo pluripotente*, “un cuento que ilustré, escrito por Virginia Giacosa y Virginia Luco, editado por Libros Silvestres. Relata la historia de dos *brujamigas* que deciden ocuparse de una nube negra que aparece sobre Rosario, invocando a poderosas mujeres de la ciudad como parte del conjuro. En cuanto a proyectos personales, estoy incursionando en la ilustración y animación 3D; en los meses de cuarentena me formé lo más que pude en el tema y estoy fascinada. Me resulta muy divertido a la vez de increíble ver lo que se puede lograr con esta técnica”. Cuando se le pregunta a Flopa por referencias, hay que citar lo que sigue: “El cosquilleo en la panza que me despertaban de niña los libros ilustrados. Se me vienen a la mente *Tutú Marambá*, *Dailan Kifki* y *Zoo loco*, de María Elena Walsh con dibujos de Vilar; no sé por qué, pero me resultaban hipnóticos”.



Catalina Bartolomé



María Luque viene de Bellas Artes.

A Jazmín Varela le pasó algo ya anecdótico. Viajó a Europa el mismo día en el que se declaraba aquí la cuarentena. Iba a presentar *Cotillón* a España, donde la esperaban festivales, pero así como se bajó del avión un llamado la alertó, se subió a otro y volvió. “Igualmente, el libro se editó y algunos festivales tuvieron ediciones virtuales de las que participé. Ahora me encuentro terminando un fanzine autogestionado, hecho en serigrafía, sobre el Gauchito Gil. Es como una compilación de fotos dibujadas. Algunas las tomé de Internet porque me llamaron la atención, otras son de altares que visité y también de amigos que me las enviaron. Es un trabajo a modo de ofrenda y agradecimiento al Gauchito. Y estoy trabajando en otro libro en serigrafía, colaborando en una compilación de dibujos de objetos y golosinas de los años 90”.

Trazos finales

Para Flopa, de no haber existido las redes sociales “no sé si hoy podría vivir de esto. Gracias a ellas mi trabajo tuvo lugar, se hizo conocido; la verdad es que en un primer momento no me imaginaba la posibilidad de vivir del dibujo, subía mis ilustraciones y las dejaba ser, mientras continuaba con mi anterior



actividad. Las redes son una gran herramienta de visibilización, aunque muchas veces reflejan un falso éxito. La ilustración no es un rubro fácil. Hay mucha precarización laboral y posiciones que la replican, con la idea de que «un dibujo no cuesta nada». Como si existiera una imposibilidad de pensar que te puedan pagar por algo que «hasta un niño puede hacer», ¿no?”

Con Jazmín Varela aparece el nombre fundamental de José Sainz, que es “un poco la figura de mi editor y librero, siempre muy generoso al prestarme material que me ayudó mucho. En el trabajo que hacemos juntos él va revisando lo que hago y me hace comentarios sobre los que conversamos. Su mirada siempre está en mi trabajo. Cuando comencé y lo conocí, me ayudó un montón sacándome miedos, porque cuando venís del dibujo y te pasás a la historieta te enfrentás a un formato más largo, que tiene que tener una continuidad y se tiene que entender”.

Dedicar la vida al dibujo es algo que, tal vez, tenga métodos. Si lo que se quiere es dibujar, cada quien sabrá encontrar el propio. María Luque dice que le cuesta mucho planificar su obra, “entonces me dejo llevar, no me sale hacerlo de otra forma. Cuando Sole Otero vivía acá, en Buenos Aires, nos juntábamos a dibujar y yo veía la forma en la que ella planifica, es espectacular. Pero yo nunca pude hacer eso. Mi forma de trabajo es distinta, está basada en la improvisación, es lo que me funciona y entiendo que estos métodos varíen. A mí me sirve, porque las cosas que me van pasando enriquecen el trabajo y las incorporo a medida que me suceden”.

Dibujar la vida misma. ¿Qué más?”



Cincuenta y nueve paradas en medio de la peste

La ciudad vista desde arriba de la emblemática línea K, después de las modificaciones que sufrió el sistema de transporte rosarino. La pregunta que queda flotando es: ¿qué trole hay que tomar para seguir?

Por **Ricardo Robins**

–Lo que pasa es que el 144 cambió de recorrido –dice en la parada de colectivos de La Siberia la mujer enérgica al hombre que pasea un perro.

–No, ese no cambió, creo que se juntó con otro pero no cambia... –pretende aclarar el vecino de República de la Sexta mientras el perrito estira la correa hasta el límite pero la mujer no lo deja terminar y levanta el índice para anticiparle que no está de acuerdo.

–Pero nooo, no; sí que cambia –replica ella y su pareja que se mantiene callado da un paso hacia atrás para quedar al margen del desencuentro.

Ninguno de ellos se sube a la K que inicia su recorrido a las 10.30 de este miércoles desde la Ciudad Universitaria

Rosario. La discusión por las modificaciones en el sistema de transporte sigue mientras caminan por Beruti hacia la fotocopiadora azul que está cerrada. Indiferente, el trolebús dobla por Riobamba sin estudiantes en el interior.

El primer pasajero de este viaje de la unidad 09 asciende por el medio porque la parte delantera está bloqueada desde que el servicio volvió en modo pandemia. Llega hasta la máquina canceladora y apoya su tarjeta. Lo separa del chofer una cápsula de nailon algo precaria, que comenzó a romperse en el piso, arrugada y oscurecida en los costados, sostenida con precintos negros que originaron los primeros desgarros y reforzada con una cinta que se sabe temporal.

“Por favor no tocar ni sentarse”, dice el cartel de papel

pegado al costado de esa cortina, que forma una letra ele entre el respaldar del asiento del conductor y la primera butaca de la hilera derecha. El segundo pasajero es un joven rapado a los costados y con un platinado corto arriba. Tiene un barbijo de camuflaje tipo militar que hace juego con la bermuda. Se sienta en uno de individuales de adelante a la izquierda y se pone auriculares blancos. Su antecesor, que optó por ocupar un asiento doble del fondo, sacó el celular y manda un mensaje de audio por Whatsapp.

A los dos conectados se les suman tres mujeres que parecen atadas unas con otras. Se mueven rápido y los bolsos cuelgan de diversas maneras: una mochila Wilson cruzada a la espalda, otros negros y de tela a los costados. Cuando una va a pagar al frente, la otra vuelve y chocan de forma suave. Son un remolino inofensivo que se apaga rápido. Se acomodan en los asientos uno, dos y tres de la hilera individual, como si fuesen una sombra triple, réplicas de sí mismas. Recién entonces se diferencian. La primera saca un frasco transparente y se pone alcohol en gel en las manos. La segunda no hace nada. La tercera, la de la mochila Wilson, se refugia en su aparato móvil.

Así se va poblando el ejemplar de la vieja línea K que cumplirá sesenta años. El 3 de diciembre de 1961 se inició con un recorrido desde la esquina de Necochea y Pellegrini hasta Mendoza y Nicaragua. Tres años antes, en 1958, el rosarino y seis meses vicepresidente de Arturo

Frondezi, Alejandro Gómez, impulsó la red eléctrica de trolebuses para la ciudad. Surgió la G y después la H, la I, la J y más tarde la M. La expansión fue en los 60, cuando Roberto Goyeneche cantaba: “Estás desorientado y no sabés qué trole hay que tomar para seguir”.

Sin embargo, el ómnibus en Rosario es anterior: tiene una historia que se remonta a principios de siglo pasado y se afianza en la década del 20. En 1923 el Concejo sancionó las primeras ordenanzas para regular el servicio. En abril de 1924 ya había once empresarios con 17 coches que circulaban por las calles. En 1925, ese número de vehículos creció a 35, en 1926 saltó a 176 y en 1927 a 205, según el sitio especializado Buses Rosarinos.

Ahora la unidad 09 de la K, que pertenece a la firma municipal Movi, cruza Pellegrini por Necochea hacia el centro. En las paradas algunas personas lucen decididas y otras dudan. Un hombre mayor se queda mirando el trole entre sorprendido y perdido. Como si fuese el mismísimo vicepresidente Alejandro Gómez que vio pasar a su creación medio siglo después. ¿Qué pensaría hoy aquel prohombre del transporte, ciudadano ilustre *post mortem*, si viera por las calles al actual sistema, a la nueva línea 115.138.139 por ejemplo? ¿Supondría un éxito irrefrenable del transporte urbano; que el crecimiento exponencial desde la década del 20 continuó sin freno hasta sobrepasar el millón de líneas y ahí está ante sus ojos la número ciento quince millones ciento treinta



**UN LUGAR PARA
CONOCER, PENSAR,
SOÑAR, DEBATIR
Y CONSTRUIR LA
DEMOCRACIA
QUE SOÑAMOS**



**MUSEO
INTERNACIONAL
PARA LA
DEMOCRACIA**

Un museo que es
patrimonio de la
ciudad de Rosario

Ingreso libre y gratuito
Martes a sábados 11 a 18 hs.
Visitas guiadas para grupos y escuelas:
visitas@museoparalademocracia.org

Palacio Fuentes - Sarmiento 702 - Rosario
www.museoparalademocracia.org

y ocho mil ciento treinta y nueve? ¿Imaginaría que en estos tiempos extraños no solo hay recorridos que unen los cementerios, como se pensó en 1925, sino también colectivos que conectan solamente bares o cines o que exclusivamente circulan por calles de próceres o que van de cortada en cortada?

Quién se animaría a avisarle al viejo Gómez –que al renunciar como vicepresidente escribió: “El pueblo juzgará la conducta de un hombre leal a sus ideas”– que en realidad esa extraña denominación no es por una proliferación de empresas sino para informar que tres líneas (la 115, la 138 y la 139) devinieron en una sola por la crisis. Si evitara su decepción, podría aprender algunas cosas en materia de lenguaje: resulta que “fusionar” tres cosas suena mucho mejor que “eliminar” dos. También hay recorridos “suspendidos”. Como intentaba decir la señora en la parada de La Siberia, la 144 negra se fusionó con la 102 negra pero la 144 roja es una de las pausadas.

Correr, hablar, morir

En San Juan y Laprida, ocurre lo que nadie desea. Mucho menos con 30 grados y un sol atrevido. Una piba sale corriendo del edificio a mitad de cuadra y le hace señas a la K para que se detenga. La desesperación en sus ojos. Por su remera azul Puma y su short gris no debe ir mucho más allá que a un gimnasio o a visitar a una amiga pero se lanza a la carrera como si su vida dependiera de aquello. El colectivo para en la esquina y ella logra cruzar y meterse adentro. Se sienta en la mitad de la hilera de cinco del fondo. Justo se levanta una mujer de un asiento doble y ella, inquieta, se muda de lugar.

Hay algo extraño con los asientos libres en tiempos de peste. El vehículo 09 tiene 35 butacas en total. A la izquierda, vista desde el fondo, están los seis simples y cinco dobles (16), a la derecha son siete dobles (14), más la silla quintuple de atrás. La recomendación a la población es usar el transporte público solo si es necesario (al punto que los propios coches, que dependen de sumar usuarios para persistir, piden al mismo tiempo: “Quedate en casa”). Las autoridades también aconsejan mantener la distancia social.

Algo difícil de cumplir en el rectángulo interior del ómnibus. Al principio se ocupan los sitios individuales y una butaca de cada uno de los doce asientos dobles. El lugar que completa el par y permanece libre abre un dilema sanitario serio. Existe el viajero prudente que

sube al colectivo y ante ese panorama opta por quedarse parado y el temerario que se pone codo a codo con el desconocido. Todos usan barbijos, es cierto, pero nadie (salvo aquella primera mujer al inicio del recorrido) se limpia las manos con alcohol después de ascender y pagar. Hay quien se abraza a los caños amarillos como si fuera un baile lento y otros que intentan tocarlos lo mínimo posible, en un samba indeseable del coronavirus.

No está claro si todos los pasajeros, unos 25 o 30 a esta altura de bulevar Oroño, escucharon los consejos de los sanitaristas franceses de no hablar en el transporte público pero eso es lo que ocurre. Nadie habla. Solo la señora de 70 y pico de lentes oscuros que se subió con un bastón por la puerta de atrás y Héctor, el chofer que empezó su turno a las seis, que estuvo a punto de aplastarla con la puerta porque salió de la nada. Pero como el conductor aún está sensible por aquel joven que lo puteó mal por no pararle, en la vuelta anterior, se cuida y espera más de la cuenta para no tener roces con nadie. Hace 22 años que trabaja en la K. Sabe de los humores de sus pasajeros.

Héctor, cara de boxeador, piensa: “Se quejan por todo, quieren que sea chofer, policía y médico. A veces vienen y me dicen que no hay distancia social pero ellos ven que hay gente parada y se suben igual”. Piensa pero no dice nada cuando una mujer le reclama a él que estuvo en la otra parada esperando al 138 y no pasó. No dice nada y sabe que le falta menos: el próximo lunes sale de vacaciones.

El pibe que escuchaba a la señora con bastón se bajó una parada después de ella, que descendió en Cafferata. Imposible saber si el chico sufrió nostalgia de esa charla y sintió la pérdida. En general el grupo parece sobrellevar el cambio permanente de acompañantes. Ajeno a todo sigue el hombre que subió con la elaborada máscara con una vincha blanca y un nailon en lugar del habitual plástico transparente. Es similar a la cápsula que aísla al chofer pero en pequeña escala. La variedad de elementos para proteger nariz y boca de un eventual contacto con el virus puede apreciarse como en ningún otro lado desde un colectivo. La calle es un desfile generoso.

En el juego de elegir colores, como si fueran autos en la ruta, ganaría el negro. Pero están los elaborados con mensajes: “Soy como el Ave Fénix”, o aquel que le imprimió la foto de sus hijos. Hay a lunares, a tono con la camisa de colores, con rosas bordadas, blancos que combinan con el yeso del brazo derecho. Están los atados con hilos que cuelgan de las orejas como una madeja, los

rígidos separados como una segunda mandíbula, los tipo tanga que no alcanzan a cubrir una barba o el suelto desde la nariz hasta el cuello como un bandido rural. Todos tienen su tapaboca a esta altura de la pandemia. Incluso el que aún se resiste y lo lleva enganchado en la muñeca como una pulsera con alas. Hasta ese autopercebido rebelde que mira desafiante a cara limpia debe tener alguno en el bolsillo, por si acaso.

Dentro de la unidad 09, las ventanillas están abiertas y el viento tibio entra y sale. El calor aprieta. El hombre de la máscara tipo astronauta de bajo presupuesto se levanta para bajarse y la espalda de la chomba denuncia las gotas de transpiración. En otros ómnibus está el dilema de verano de prender el aire acondicionado (no recomendado por los infectólogos) o no. Pero en el trole ese debate no existe porque no tiene. Hace unos años intentaron sumar equipos de frío pero el coche se apagaba o, peor, se aceleraba solo, cuenta el chofer. Los sacaron porque la red eléctrica no estaba pensada para eso.

El aire espeso contribuye a que en el interior todo ocurra de forma lenta pero afuera las escenas pasan a toda velocidad. El cartel de “Maple de huevo a 200 pesos” se junta con la vidriera de vestidos de fiesta; la cola de espera tediosa en la verdulería con los abrazos y llantos del servicio fúnebre de enfrente. Un hombre llora con los ojos rojos y la boca abierta y abraza a una mujer mayor. Otros siete u ocho los rodean. El velorio en la vereda emociona pero es fugaz. Tan fugaz como la esquina imposible.

Es curioso cómo la K va de este a oeste por San Juan y vuelve por Mendoza pero hay un punto donde ambos recorridos se juntan. Al 5500, antes de la extinción de San Juan, Liniers hace un zigzag y dibuja una esquina de tres calles. Esa ochava deforme le da, a su vez, una panorámica única al inmueble enclavado en esa punta de barco. En ese lugar que permite ver hacia las tres calles al mismo tiempo funciona, justamente, una óptica.

El bucle

Al cruzar Circunvalación quedan solo cuatro pasajeros. Frente a La Gallega de Mendoza al 7800 descienden tres, entre ellos la mujer del bolso Wilson cruzado del grupo inicial. A las 11.18, sobre Colombres, se despide la chica de rosa, la última pasajera por la pasarela desierta. No queda nadie más y el trole se permite un trote lento y final, entre las últimas calles despopuladas, pastos altos y zanjas.

La agonía se apaga en Mendoza y Wilde, la última de las 59 paradas durante los 12,6 kilómetros. La unidad que estaba detenida adelante, la 07, se marcha como en una carrera de postas. Héctor, el experimentado chofer, saluda a Joel, el pibe de 24 años que limpia los coches después de cada vuelta. Consiguió el puesto en agosto pasado. Trabaja para una empresa de limpieza que le paga si los colectivos circulan (si hay paro, no).

Es uno de los que perdió con el cambio de sistema lanzado a fines de enero. Antes, las unidades llegaban cada 15 minutos y ahora cada diez. Dice que les pasa amoníaco a los caños con un rociador y agua al piso con una mopa. Tiene una escoba para barrer si está sucio. Es mejor que su trabajo anterior de repartidor en una panadería, sobre todo si cobra su salario de 42 mil pesos completo, sin descuentos.

Héctor confirma que la K tenía nueve unidades y con los cambios reforzaron con cuatro extras que eran de la línea Q y desde entonces son 14 que mejoraron la frecuencia. No sabe cómo cambiarán las cosas cuando reabran escuelas y facultades, cuando el otoño reemplace al verano y así hacia adelante. No sabe si el sistema saldrá del pozo de 100 mil usuarios y volverá a los 450 mil pre-pandémicos, como repitieron los funcionarios una y otra vez para explicar la “adecuación” del transporte 2021. A los seis minutos de limpieza y de descanso, Joel se baja y Héctor pone primera. Todo vuelve a empezar.



**Cámara de Senadores
de la Provincia
de Santa Fe**



SenadoSantaFe

Volver a los diecisiete

Por **Rafael Bielsa**

Por poner un lugar, el bar Odeón. O el Continental. Santa Fe y Mitre, o Alem y 3 de Febrero. Mil novecientos setenta, por dar una fecha. Volver a los diecisiete, desde el rabo de la vida, es como lamer la herida, sin que la pena me inquiete.

Después, esos dos vértices daban lugar a triángulos itinerantes, a cuadrados, a rectángulos, a hexaedros. Los lugares de procesión podían conformar constelaciones lineales –como Canis Minor–; por ejemplo: desde la casa de mi abuela en la calle Montevideo hasta el Odeón. O radiales –Monoceros–: del Odeón a la Facultad de Derecho, o a la “Siberia” (el Instituto de Música), o a la casa de Marité (el andén de la belleza), donde hablábamos de política y cantábamos, o a Villa Banana, donde militábamos, o a la barranca, donde leía junto a la orilla, a la altura de Presidente Roca. También pentágonos –Auriga–: salir de lo de Marité, ir a lo de Enca, pasar a buscar la moto por lo del mecánico (una Gilera Saturno 500 cc), comer algo en la Granja Royal (un plato de salchichas con arvejas), y terminar la noche en el Odeón. Una galaxia de estrellas hospitalarias, en un cielo excesivo.

Es extraño: desde mis veintidós años hasta la niñez, lo recuerdo todo como si estuviera sucediendo; el color envejecido de los días de julio en los que el invierno rosarino se toma un respiro atemporal, el olor a musgo del paredón de la calle Wheelwright –de ladrillos ingleses color cuero, que separaba la ciudad del murmullo de las orillas–; la textura de la corteza de las palmeras; el efecto sobre las islas miradas desde la plaza Guernica.

En cambio, desde entonces hasta hoy, los años son un amasijo de flejes, de mampostería de demolición, de vi-

drios apedreados: los desechos del que pude haber sido. Tal vez, porque todo se apagó de golpe, de un momento para el otro. El paredón de la calle Wheelwright dejó, de un lado, la edad enérgica, y del otro, la prórroga de un plazo. Desde el nacimiento contraemos una deuda de vida con la muerte, que algún día hay que pagar.

Quizás los recuerdos más interesantes sean aquellos de los que se ignoran los motivos, porque obligan a pensar en cuáles fueron. Y ese trayecto está lleno de objetos relegados: guaridas, hojas crocantes de plátanos otoñales, calles sin salida, sortijas de contraseñas.

Por ejemplo, me acuerdo de una noche en la que fui a escuchar a Mito Sparr, que actuaba como solista. Estaba cantando *Callejero*, de Alberto Cortez y se quedó en blanco. El diábolus in musica, la restricción preexistente que condiciona la razón de ser de todo intérprete. Se levantó, con la guitarra inerte en la mano derecha, y se fue para no volver. Esa escena tan vívida trae consigo el olor del río, el frío exterior, la superficie escamada de la silla sobre la que estaba sentado.

U otra noche, en la que Horacio Sturam dijo en el escenario: “...con mucho esfuerzo. me estaba acostumbrando a la idea de ser petiso, y ahora tengo que acostumbrarme a que también voy a ser pelado” (humo, ruido de vasos, una risa cuajada entre exclamaciones). O la leyenda urbana –nunca confirmada– de que Alfredo Llusá, violinista ornitológico, había aprendido a tocar la flauta traversa sólo para sumarla al arreglo de *Nieblas del Riachuelo*, el turbio fondeadero sonoro que su instrumento baldeaba con agua fresca. Escalofríos, insomnios con la cabeza llena de ideas

CUIDÁ TU SALUD Y LA DE LOS DEMÁS

ES MOMENTO DE
HACER EL ESFUERZO
PARA NO RETROCEDER



MANTENÉ
LOS HÁBITOS
DE HIGIENE



USÁ
CUBREBOCA



RESPECTÁ
DISTANCIAS





Foto publicada en el recordado libro "Rosario, esa ciudad" (Editorial Biblioteca Vígil, 1970)

y de música, amor y muerte asechando por su lugar en la línea de largada.

Hay frisos de aquellos años que, de tan vívidos, encandilan. Están contenidos dentro de una atmósfera de representación figurativa, donde la baba del caracol que fui todavía conserva su textura cremosa, en todo su esplendor, su violencia y su belleza. Brazadas rumbo a cambiar el mundo que conocíamos, sin saber del todo cómo sería el mundo por conocer. El pliegue lánguido de una noche azul cobalto, los fognazos como duraznos efímeros, un pedazo de luna haciendo equilibrio sobre un riel, los ruidos húmedos de unas pisadas sobre la grava llovida. La fiesta de la vida y el silbido fugaz de la muerte. "Las puertas están cerradas, ventanas y celosías. «No soy el amor amante, soy la Muerte, Dios me envía»".

La primera vez que escuché el *Romance del enamorado y la muerte*, esa delicia del siglo XVI, fue durante una obra para títeres, en las voces de José Luis Bollea y Marta Elena Carranza. Preparaba mi oído y mi espíritu para después admirar el clarinete de Jorge Migoya, los pasajes al piano de Daniel Zimbaldo o de Alberto Vilosio, los ritmos de Gustavo Puccini, el bajo de Charlie Pagura o las impro-

visaciones de Lucas Demare, los que a su vez me alistaban para la explosión ácida de Tommy Gubitsch, que pasó apenas un año por el Invisible de Spinetta con su guitarra astral. "Un sueño soñaba anoche, soñito del alma mía; soñaba con mis amores, que en mis brazos los tenía".

Por eso es que no entiendo la letra de algunos tangos, como *Tú*: "i... mis ansias ya se habían refugiado entre las ruinas de mi pasado!". O de *Como dos extraños*: "i... los recuerdos me han hecho mal!". Ni ruinas, ni mal. Hoy es los despojos: una sentina de maderas pegadas con brea, de marcos desportillados. En mi pasado está Shangri-La, uno de los beyul tibetanos, idílico y sagrado.

El Rosario donde viví era una constelación de estrellas: música, ideas, compromiso, libros. Me imagino que ahora habrá otras estrellas y otra constelación, pero no me sé los nombres y, además, no son las de la esquina de la casa de mi vieja. Los clavos con los que agriete, las piedras con que me hundo, son uvas de un viejo mundo que mi devenir me dio, con ellas me interno yo, en el destino profundo.

Por eso es que no volveré. En algún sentido, porque nunca me fui. Y en el otro, porque no sería yo, y Rosario ya no es la que fue.

Visto & oído

Por Juan Aguzzi

“EL PERSEGUIDOR”

@artenfocorosario



Indudablemente una voz enfática y de contornos envolventes funciona desde que la radio pidió permiso para ser parte de una comunicación que ofertaba un mundo de información y sensaciones y pudo, con el correr de los años y según el programa de que se tratase, hasta cambiar los estados de ánimo de la audiencia. Es cierto que las modalidades de escucha han variado con la llegada de las nuevas tecnologías pero todavía hoy es posible disfrutar de un envío que proponga un tiempo suspendido del ordinario, haga navegar con buena música y surque las olas de la literatura en sus distintos formatos a través de la irrupción de textos con buena puntería. Y también es verdad que una voz con las virtudes mencionadas compone una parte esencial para sostener la riqueza sensible de la propuesta. El envío radial “El perseguidor” es un buen ejemplo de todo esto. Su conductor permanente y dueño de esa voz con el toque de distinción que hace

“parar la oreja”, Esteban Vázquez, dice que la intención del envío fue “construir un espacio cuya atmósfera estuviera hecha de textos y músicas de distinta procedencia”. Conducido originalmente por Ariana Moretti y Vázquez, en “El perseguidor” se conversó con Egberto Gismonti, Pedro Aznar, Diana Bellessi y Claudia Masin, por citar sólo algunas de las figuras del universo musical y poético que allí hablaron. Arrancó allá por 2006 en Radio Fisherton y en 2018 se mudó a Radio Universidad, siempre por las noches, con esa tónica que lo convertía en un espacio atravesado por climas y conversa casi íntima entre los conductores, entrevistados y oyentes. Con Vázquez hablando como si estuviera en el living de su casa con una copa en la mano y la respiración que viene tras un sorbo. 2021 encuentra a “El perseguidor” en Radio Sí 98.9, con las inflexiones de Vázquez en el micrófono y un formato (ya grabado) de podcast con audios de WhatsApp de gente respondiendo consignas puntuales y leyendo textos propios y ajenos. Y a tono con la época, los programas van directo a Spotify a modo de episodios.

“LA VUELTA COMPLETA”



Deudor del título homónimo de la primera novela del gran Juan José Saer, *La vuelta completa* –como

Sebastián Vargas

itinerario que recorre los mismos caminos mientras cambia la escena que se percibe— es un envío televisivo cuyo objetivo fue poner de relieve cuestiones tales como imágenes y voces, trayectos, pasajes de memoria, los días que corrían por entonces —fue grabado en 2006— que conforma un mapa variopinto pero de indudable pertenencia a una identidad, la santafesina, a través de encuentros con hacedores culturales o habitantes que testimonian sobre sitios y sucesos. La idea tuvo anclaje en la investigación histórica para que aquellos aspectos rara vez ostensibles para un público amplio se hicieran visibles y entraran en contacto —visual, a veces el más potente de todos— con espectadores de la geografía provincial. El equipo estuvo integrado por periodistas, historiadores, realizadores y productores, quienes encontraron, en una estrategia diseñada, aquellas manifestaciones propias de cada región o departamento para concretar esa tarea de rescate, considerado esto, a medida que se sucedían los unitarios, como el valor más destacable por sobre otros varios. Con imágenes de archivo y entrevistas del presente van sucediéndose la inquietante y trágica historia del balneario santafesino más famoso: la laguna Melincué; el humedal y enclave jesuita de admirables sistemas productivos en Reconquista; las formas de pensar y concebir el cine de realizadores de la provincia; la otra invasión interior del gobierno de Sarmiento aniquilando aborígenes e implantando fortines en un vasto territorio de Santa Fe. Son estas, entre muchas otras, algunas de las historias tratadas en “La vuelta completa”, que pueden verse nuevamente en la señal 5RTV con intacta vigencia y atractivo dinamismo visual. Verónica Solina, Cecilia Vallina, Pablo Romano, Edgardo Pérez Castillo, Gabriel Zuzek, Fernando Romero, Paula Contino, Lisy Rodenas y Patricia Vitola son quienes armaron esos viajes.



su anterior *Salmo* (2017), donde Ruggieri entrega técnica, energía y espiritualidad —esto último no tan frecuente en la escena vernácula— en equilibradas dosis y sostenida combinación con una formación que hace de la comunicación musical un vehículo emotivo, como lo prueba la admirable lúdica de percusión y guitarras en el tema homónimo al título, también de Pärt, o el encantador andamiaje de guitarras en *Coral*. Como un leve “pechazo” para caer definitivamente en su escucha, la interpretación de *Lord, Help Me To Be*, de Alice Coltrane, impacta en su cadencia y es una prueba elocuente de la afinidad sonora que logran estos músicos. Una marea rítmica casi física se desprende de este tremendo tema que ilumina tanto como el original de la mujer del genial John. Hay en los temas de este disco una particular concepción en el desarrollo de las versiones, que suenan virtuosas aun tratándose de composiciones austeras en su armado — *Wayfaring Stranger*, *Rising Sun Blues* y *Alfa & Omega*, canciones tradicionales de jazz — como si Ruggieri y Cía incursionaran en audaces modulaciones para reflejar sensiblemente su posibilidad expresiva. Y es este el elemento predominante en *Beatitudes*, la entrega grupal sin divismos en la búsqueda de un modo de entender la música que ejecutan, una búsqueda empática, sin adornos, que privilegia la inspiración para transmitir un punto de vista sobre las emociones originales. Rodrigo Agudelo en guitarra; Sebastián López en guitarra; Lucas Polichiso en órgano, Ezequiel Dutil en contrabajo; Liza Polichiso en voz y Luciano Ruggieri en batería hicieron este disco hipnótico (editado por BlueArt), que revela la potencia de una creativa reunión musical.

BEATITUDES / LUCIANO RUGGIERI

Nada más sugestivo para abrir un disco que esa odisea minimalista de sigilosa belleza llamada *Allinale (Para Alina)*, que el estonio Arvo Pärt compuso a mediados de los 70. Digamos que un tema así, en esta versión de Luciano Ruggieri y el grupo que lo acompaña, predispone a cierta devoción para entregarse a lo que sigue. Esto ocurre en *Beatitudes* (2020), un registro con un título de reminiscencias sacras como el de

AMBOS MUNDOS

Criptoarte

Por
Miguel
Roig

Leo, en un mismo periódico, dos artículos. Uno habla de un artista inglés que ha puesto en circulación un nuevo emprendimiento; el otro lo escribe un plástico rosarino sobre otro francés, es un elogio a una gran obra.

El rosarino, Daniel García, cuenta su asombro ante un legado colosal que dejó Claude Monet. El inglés, el cual es noticia, Damien Hirst, habla de un negocio y la nota tanto podría haber sido leída en el Financial Times o el Wall Street Journal.

García describe en su artículo el asombro que le provocó la primera vez que se enfrentó al conjunto monumental *Les Nymphéas (Los Nenúfares)* de Monet, en el Museo de la Orangerie en París. Son casi cien metros de lienzos en los que Monet vuelca su impresión de unos jardines que él mismo construyó frente a su casa de Giverny, un pequeño pueblo normando a poco más de una hora de París, y en cuyo estanque flotan los nenúfares rodeados de todo tipo de flores. Es una obra radical del impresionismo en la que García observa cómo se proyecta sobre el posterior expresionismo abstracto de Jackson Pollock y que me permito, además, vincular con las obras de Mark Rothko en la capilla de Houston o los grandes cuadros destinados al restaurante Four Seasons de Nueva York que, afortunadamente, acabaron en una inmensa sala de la Tate de Londres.

Monet pretendía con esta monumental y desmedida obra, según dejó escrito en sus apuntes, “envolver todos los muros, como una ola sin horizonte ni orilla para que el espacio sea el asilo de una meditación tranquila”.

En otra página del periódico (Página/12, en Radar del 14 de marzo pasado) se da cuenta de un nuevo lanzamiento de Damien Hirst. Se trata de un conjunto de ocho impresiones en aluminio denominadas *Las virtudes*, y que reproducen imágenes de cerezos en flor. A cada una de las obras Hirst le adjudica una virtud (justicia, valor, misericordia, cortesía, honestidad, honor, lealtad, control) y propone, según sus palabras, que estas virtudes sean un elogio a un modo de vida y destaca la confianza que, en su caso, deposita “en el mundo de las criptomonedas”. Literal. Al punto de que invita a pagar la compra de las obras, en la web de la galería Heni Leviathan (donde se puede leer esto), con Bitcoin o Ether.

Hirst fue lanzado en los años noventa por el publicista Charles Saatchi dentro del movimiento de los jóvenes artistas británicos (Young British Artist). Una de las obras suyas que más impacto causó es el famoso tiburón suspendido en formol por el cual un coleccionista llegó a pagar doce millones de dólares. El crítico Robert Hughes, quien tildó a Hirst de pirata, equiparó su obra al peor Warhol y le concedió una gran habilidad como manipulador, considerando a los compradores de sus obras como meros aspirantes a coleccionistas que se sienten ignorados si no cuentan con un Hirst entre ellas. Hughes ironizó sobre la capacidad de la pieza del tiburón de simbolizar los riesgos existenciales y ser una declinación de la “naturaleza”. Opina Hughes que podría haber tenido un punto si Hirst, al menos, hubiera pescado el tiburón pero, cuenta, este fue cazado por un pescador australiano pagado por Charles Saatchi. La obra comprada por el broker americano Steve Cohen acabó descomponiéndose. Ante esto Hirst no titubeó: se limitó a cambiar el animal por otro. Así le habla al mercado, sin rubor, más que como un artista, como un operador. Por eso no recurre normalmente a las galerías: directamente pone sus obras en manos de Sotheby's o Christie's; las subasta sin intermediarios y en una operación directa de oferta y demanda.

Podríamos seguir narrando operaciones de Hirst pero prefiero volver a Monet y a la reverberación que produjo en Pollock o en Rothko. La poesía, la virtud lírica de su creación (tan lejos de las virtudes que comercializa Hirst) que permite, ahora, desplazar esa “ola sin horizonte ni orilla”, a través de la mirada Daniel García, de Giverny a Rosario, dejando su estela en esta mañana luminosa, en mi casa de Madrid, en la que acabo esta nota.

Felices
de volver

VOLVER CON CUIDADOS



En la escuela, en el colectivo o en el trabajo recordemos **utilizar siempre cubrebocas, lavarnos las manos con frecuencia, ventilar los ambientes y mantener la distancia.**

 **Cuidemos**
lo que logramos



Municipalidad
de Rosario



Mutual
del Personal
GRUPO SAN CRISTÓBAL

NUEVO LIBRO

un círculo **que se abre**
arte **contemporáneo** en Rosario

Sello editorial de la Mutual Del Personal



mutualgruposancristobal.com.ar



2021



ANIVERSARIO
Mutual Del Personal